LA PRIMERA GENERACIÓN DE LA COMPAÑÍA DE MARÍA

Notas biográficas en la 1ª edición de las Cartas de G.José Chaminade (1930-34)

HENRI LEBON SM

Introducción

Las cartas de G. José Chaminade fueron catalogadas y seleccionadas por el P.Carlos Klobb, secretario del P.José Simler, cuarto superior general de la Compañía de María. Ambos fueron los rehabilitadores de la figura del fundador e iniciadores del estudio de los escritos y la espiritualidad fundacional, tras 50 años de ocultamiento y oscuridad del carisma. Eso sucedió a principios del siglo XX, cuando Simler publicó la primera biografía chaminadiana (1901). En el generalato del P. Hiss (1905-22) suceden dos acontecimientos importantes: la introducción de la Causa del P.Chaminade (1909-18) y la publicación de "*El espíritu de nuestra fundación*" (1910), primera síntesis del carisma y la vida marianista, una obra no superada hasta hoy. A los pocos años, se celebra el primer centenario de la fundación de la Compañía de María (1817-1917). El P.Ernesto Sorret sexto superior general (1922-33), impresionado por la riqueza de los escritos y la santidad de Chaminade, decidió publicar todas las cartas. Se encargó de ello el P.Enrique Lebon (1861-1943), asistente general de Sorret, que se estaba destacando como un estudioso del carisma y la historia marianista. Se puso manos a la obra y editó los cinco primeros volúmenes de las Cartas del P.Chaminade entre 1930 y 1934. Una edición de gran calidad, publicada en Nivelles (Bélgica), donde residía la Administración General, desde la expulsión de la Compañía de Francia (1903). El resto de las cartas debió esperar, pues se publicaron cuando Roma desbloqueó las de los últimos años, para estudiar mejor el final del Fundador y llegar a la declaración de Venerable (1973).

Como Lebon estaba siendo además, biógrafo de algunas figuras de la Compañía, decidió incorporar a la edición de las Cartas, un breve retrato biográfico de los primeros marianistas: la primera generación de la Compañía de María. El criterio seguido fue evidentemente presentar aquellos que forjaron la fundación de las primeras comunidades y misiones de la Compañía de María, los que convivieron con el Fundador más estrechamente. Hubo algunos religiosos, que llegaron a conocerlo pero que Lebon ya no incorpora, porque se sitúan en la segunda generación, por ejemplo el P. Carlos José Demangeon (1830-1915), que nos ha transmitido testimonios sobre el Fundador cuando vivió a su lado en el noviciado de Santa Ana, de Burdeos. Lo mismo pasa con el P.Luis De Lagarde (1833-84) o el mismo P.José Simler (1833-1905), que ya no lo conocieron.

Esta primera colección de biografías, situadas a lo largo de los cinco primeros volúmenes de las Cartas de Chaminade, tiene un cierto paralelo con la obra del P. José Stefanelli "*Las Compañeras de Adela*" (1990; traducción española por el SPM en 1999) donde se presentan las biografías de la primera generación FMI y que son una mina para el estudio de las cartas de Chaminade y Adela. La diferencia está en que hoy necesitaríamos una edición de las cartas del Fundador con notas y referencias más actualizadas de las figuras que aparecen en ellas. Stefanelli sí ha proporcionado ese estudio biográfico completo de las hermanas "fundadoras" con Adela.

Posteriormente, tanto las provincias francesas de la Compañía de María, como las demás del mundo, han ido publicando numerosas biografías de religiosos marianistas y estudios sobre la generación fundacional (cf. Piero Ferrero. La spiritualità dei discepoli del B.Chaminade"), y seguimos haciéndolo hoy. Todos ellos, la primera generación y las generaciones siguientes hasta este momento, han sido y son para nosotros, testigos de Jesús, hijos de María, referentes de una historia de vida religiosa original y de gran riqueza espiritual. En estas biografías que escribió Enrique Lebon late la vida, la llamada de Cristo, las relaciones entre los hermanos, la composición mixta de laicos y sacerdotes en igualdad y misión compartida, la misión educadora, la formación y el gobierno, el trabajo profesional o doméstico y tantas formas de compromiso misionero que iba abriendo la Compañía de María en aquellos años fundacionales.

Junto al nombre de cada religioso marianista se añade una frase o expresión, por el que queremos recordarlo hoy, el mensaje o herencia que nos deja cada uno. Esta expresión no es de Lebon sino de Ágora marianista.

La Comunidad fundacional

JEAN BAPTISTE PHILIPPE AUGUSTE LALANNE (1795-1879).
El hijo primogénito. El gran pedagogo y educador de la Compañía de María

Nacido en Burdeos en 1795, el P. Juan Bautista Lalanne, tras brillantes estudios hechos en el Liceo de esta ciudad, siguió primero la carrera de medicina; pero poco a poco, por influencia del P. Chaminade, que le dirigía desde la edad de 12 años, ya en la Congregación de la Inmaculada, primera fundación marianista, su alma se volvió totalmente a Dios, y el 1 de mayo de 1817 vino a ofrecerse a su director para trabajar con él en la obra del apostolado. Fue entonces cuando el P. Chaminade le comunicó la misión que había recibido a los pies de Nuestra Señora del Pilar y le impulsó a buscarse colaboradores. El 2 de octubre de 1817, los primeros miembros de la Compañía se reunían y comenzaban lo que se podría llamar su noviciado. El 5 de septiembre de 1818, Juan Bautista Lalanne, con varios de sus cohermanos, emitía los votos perpetuos de pobreza, castidad, obediencia, estabilidad y enseñanza de la fe y de las costumbres cristianas.

Juan Bautista Lalanne fue sucesivamente profesor del internado Santa María de Burdeos (1818 en Rue Menuts y desde 1825 en Rue Mirail), Superior del Seminario de la Magdalena (1825), director del colegio universitario de Gray (1826), director de los colegios de Saint-Remy (1830), *Institution Sainte Marie* de Burdeos (1833) y Layrac (1835). Habiéndose metido imprudentemente en deudas, obtuvo, en 1845, permiso para separarse provisionalmente de la Compañía, pero guardando sus votos de religión, hasta que se viese liberado de su

endeudamiento. Fue entonces a París, donde el arzobispo le confió la dirección de la sección eclesiástica de la *Escuela de los Cármenes*, que hoy es el *Instituto católico*. Por él, en esta época, la Compañía de María se introdujo en París: en 1852, en la Institución Santa María de la calle Bonaparte y después, en 1855, en el *Colegio Stanislas*.

J.B. Lalanne en dos momentos de su vida

La dirección del *Colegio Stanislas* fue la gran obra de su vida: estuvo allí 15 años (1855-1871), tras los cuales consagró las fuerzas de su vigorosa vejez, primero a lanzar el *Instituto Stanislas* de Cannes (1871) y después a visitar, en calidad de Inspector, las casas de enseñanza secundaria de la Compañía de María (1876). En una de esas visitas sufrió, en Besanzón, una congestión, a la que sucumbió unos días después, en medio de sentimientos del más filial abandono a la santísima voluntad de Dios, en brazos del B. P. Simler y del P. Lagarde: sus restos mortales reposan en el cementerio de la Compañía en Courtefontaine, al pie de la cruz.

El P. Lalanne tenía una inteligencia brillante, un espíritu emprendedor, una voluntad valerosa; esos dones preciosos le permitieron prestar los más grandes servicios a la Compañía durante su larga carrera: pero, en varias ocasiones, su fogosa imaginación lo llevó a enojosas aventuras. Lo que le salvó siempre fue su profundo espíritu de fe, que aprendió del Fundador; su confianza filial en la Santísima Virgen, que le hizo conservar siempre hasta su muerte, sobre su pecho, el acto de su consagración; finalmente su cariño a la Compañía, de la que fue su primer miembro y a la que amó siempre tiernamente: *«He nacido con ella, escribía en 1837; mi existencia, en la vida espiritual y religiosa, está unida a la suya; ¡separarme de ella es morir!»*. De ahí, tras sus horas de olvido, los actos más conmovedores de humildad, como cuando escribía al P. Chaminade sus admirables cartas de arrepentimiento, o cuando, en el Capítulo General de 1876, se ponía de rodillas, siendo ya un anciano de 80 años, para pedir públicamente perdón a sus Hermanos de los malos ejemplos que había podido darles.

Hijo primogénito del P. Chaminade, le fue particularmente querido y, a pesar de algunos distanciamientos pasajeros, le correspondió con un afecto tan fiel como profundo. Tenía en lugar de honor en su despacho el bello retrato del Fundador que está hoy en la habitación del Superior general y, cuando en su vejez hablaba de él, lo hacía con una emoción que llegaba hasta las lágrimas. Educador consumado, a él debe en gran parte la Compañía sus tradiciones en materia de educación. A él también, bajo la dirección del Fundador, debe el primer texto de su Formulario de oraciones y de sus Constituciones.

Biografías sobre Lalanne.

HUMBERTCLAUDE, PIERRE "*Un educateur chretien de la jeneusse au XIX siècle: L'abbé J.P.A Lalanne. 1795-1879*" Librairie Bloud& Gay París. 1932. 313 pag (Traducción española de la última edición francesa, revisada y con nuevas notas, añadidas por el propio Humbertclaude: *Un educador cristiano de la juventud,* SPM*,* 2019, Biblioteca digital marianista).
AGUILERA, ENRIQUE. "*J.B.Lalanne. El primer religioso marianista"*. Ágora marianista-BDM. 2005.

DOMINIQUE CLOUZET (1789-1861)
El alma gemela del fundador. El gran administrador

Domingo Clouzet nació en 1789 en Sarremezan (Alto Garona), de una familia de comerciantes, que se estableció enseguida en Burdeos y aquí adquirió una posición muy honorable. Entrado en la Congregación de la Magdalena en 1814, el señor Clouzet se puso bajo la dirección del P. Chaminade y fue uno de los primeros siete miembros de la Compañía de María. A él encargó el Fundador, en 1821, la dirección del primer noviciado de la Compañía en San Lorenzo. En el momento de la fundación de Saint-Remy, se necesitaba un hombre de confianza para dirigir a tan gran distancia la colonia encargada de la obra: ese hombre fue entonces el señor Clouzet, de quien el P. Chaminade había podido apreciar su prudencia natural al mismo tiempo que su espíritu religioso. De hecho, durante más de treinta años, el señor Clouzet fue el alma de Saint-Remy y a él sobre todo debió la obra, tras los duros años del principio en que su fe y su entusiasmo sostuvieron el ánimo de sus Hermanos, su desarrollo y prosperidad: internado de primaria y secundaria, Escuela Normal y retiros para profesores, Escuela práctica de agricultura, comunidad obrera con su noviciado. Esas pocas palabras resumen la gran obra que el señor Clouzet realizó en Saint-Remy, con la ayuda de colaboradores como el P. Carlos Rothéa, el P. Lalanne, el P. Fontaine, y el P. Chevaux. Durante varios años, antes de la organización del Provincialato, el señor Clouzet estuvo además encargado por el Buen Padre del oficio de Visitador, y en 1839, de las funciones de tercer Asistente o Ecónomo general, que ejerció hasta su muerte. [El Fundador decía de él, que era “su otro yo”]. Con esta función se trasladó de Saint-Remy a Burdeos en 1851 y siguió a la Administración general de Burdeos a París en 1861.

El señor Clouzet era de talla alta, que los años no doblegaron; su rostro, de color claro y brillante, era agradable y habitualmente expresaba acogida; su porte era cuidado y de una limpieza irreprochable; su andar, grave y suelto; sus maneras, llenas de cortesía y atenciones; su palabra, suave y un poco lenta. Sus visitas eran temidas por los religiosos que carecían de orden en su gestión o se dejaban llevar por gastos indebidos. Le gustaba además animar a los hombres de buena voluntad y le agradaba entrar con ellos en detalles prácticos. A un religioso, nombrado director, que pedía sus orientaciones, le trazaba este programa: dé a sus cohermanos una alimentación sana, sin escatimar gastos a este respecto: así se refuerza la salud de las personas, y eso es necesario; en las compras, adquiera solo buenos productos, ni los de primera calidad ni de la última; cuide los pequeños gastos y apunte todo fielmente. Con esta vigilancia y solicitud es como consiguió levantar y fortalecer la situación material de la Compañía.

El señor Clouzet sabía además suavizar con su urbanidad y su bondad lo que su control podía tener a veces de penoso; así las comunidades lo veían venir con agrado. Su gran aspecto estaba templado de amabilidad, y su bondad le ganaba los corazones. Gustosamente se entrevistaba con los Hermanos en particular, y entonces, como en sus conferencias generales, hablaba como religioso, no limitándose a las cuestiones de su Oficio, sino recordando los deberes y exhortando a las virtudes de la vida religiosa. El lenguaje de la fe le era familiar, y lo practicaba con naturalidad, tanto en su conversación como en su correspondencia. Su actitud en la capilla revelaba un hombre de una piedad más que ordinaria, y su devoción a la Santísima Virgen y a San José eran de un verdadero hijo del P. Chaminade. El señor Clouzet, cuando apenas acababa de instalarse en París con la Administración general, cayó enfermo: su robusta constitución, agotada por la edad y los trabajos, tuvo que ceder pronto al mal, y se apagó dulcemente el 27 de febrero de 1861, en los brazos del Buen Padre Caillet.

«*Ha muerto de la manera más dulce y edificante que se pueda desear,* -escribía el Buen Padre-*: ningún temor, ninguna inquietud; una confianza sin límites en nuestra augusta Madre, y en los labios continuamente los nombres de Jesús y de María, hasta que, sin ninguna agonía, se durmió apaciblemente en el Señor. Viendo estas muertes se siente más la dicha de ser Hijo de María. Llamado, desde los primeros días, a la fundación de nuestra querida Compañía, ha consumido en su servicio todas las fuerzas y todos los instantes de su existencia. ¡Qué fidelidad, qué celo, y, al mismo tiempo, qué prudencia en las circunstancias más difíciles! Sabéis que nunca ha dudado entre su descanso o sus afectos y su deber, y no desconocéis los frutos que la Compañía ha recogido de sus trabajos: podemos decir claramente que es a él sobre todo, después de Dios, y al acierto de su administración que ella debe hoy la seguridad de su existencia temporal*».

AUGUSTE BROUGNON-PERRIERE (1792-1874)
El primer superior de la SM

D. Augusto Brougnon-Perrière ("Monsieur Auguste"), nacido en Burdeos en 1792, profesor en el colegio de Figeac, después en Burdeos en la Institución del señor Estebenet, entró en la Congregación de la Magdalena en sus inicios y fue uno de los miembros fundadores de la Compañía. Fue su primer director, primero en la casa primera de la SM, Impasse de Segur, después en la Pensión de Rue Menuts ("Pensión Auguste"), y en la *Institution Sainte Marie* de Rue Mirail, cargo al que se añadió en 1826 el de tercer Asistente. Salió de la Compañía en 1832, dispensado de sus votos por Mons. de Cheverus, pero siguió manteniendo siempre relaciones afectuosas con el P. Chaminade y con sus antiguos cohermanos.

JEAN BAPTISTE COLLINEAU (1792-1852)
El que ungió al fundador al morir

El P. Juan Bautista Collineau, nacido en Burdeos, entró temprano en la Congregación de la Magdalena, de la que fue Prefecto en 1818. Fue uno de los miembros fundadores de la Compañía y fue enviado en 1822 a Villeneuve-sur-Lot como director del colegio de esta pequeña ciudad. Volvió a Burdeos en 1827, colaboró en la *Institution Sainte Marie* al mismo tiempo que se entregó a la predicación, y cumplió con el P. Chaminade las funciones de primer Asistente. Dejó la Compañía en 1832, dispensado de sus votos por Mons. de Cheverus, que le nombró canónigo honorario y después párroco de San Luis de Burdeos (1835). Quedó siempre unido a la persona del Fundador, a quien administró los últimos Sacramentos. Murió en Beirut durante un viaje a Tierra Santa.

BRUNO DAGUZAN (1789-1831)
El primer Jefe de Trabajo de la Compañía

D. Bruno Daguzan, nació en Burdeos en una honorable familia burguesa. Entró en 1815 en la Congregación de la Magdalena, se puso bajo la dirección del P. Chaminade y formó parte del *estado* de Congregantes que vivían como religiosos en el mundo. Fue uno de los primeros a los que el P. Chaminade comunicó sus planes sobre el Instituto, y, sin dudarlo, afirmó que estaba dispuesto a colaborar en él. Participó en el retiro, después del cual, el 2 de octubre de 1817, los cinco primeros llamados decidieron la fundación de la Compañía, y con ellos emitió el 11 de diciembre de 1817, los votos privados de pobreza, castidad y obediencia [en la sacristía de la Magdalena]. Durante la Cuaresma de 1818, momento en que circulaban los rumores más inquietante contra la religión, él abandonó valientemente su familia para instalarse en la pequeña casa de Impasse de Segur, donde le habían precedido el señor Auguste y el señor Clouzet: es a este detalle al que hace alusión la carta del P. Chaminade. Por fin el 5 de septiembre de 1818, al final del retiro de San Lorenzo, pronunció sus votos perpetuos en manos del P. Chaminade. Cuando la Pequeña Compañía se trasladó de Impasse de Ségur a la calle Menuts, donde abrió su primera escuela, el señor Daguzan fue nombrado Jefe de trabajo en dicha casa. Proveedor, ropero, enfermero, sacristán, responsable del cumplimiento del reglamento, acumulaba todas estas funciones, y además estaba al cuidado de los hermanos asistentes, como se los llamaba entonces, es decir: los religiosos dedicados a los trabajos manuales en las tres casas de la Compañía: la Magdalena, San Lorenzo y la de la calle Menuts. En estas ocupaciones modestas el señor Daguzan se santificó. Hombre de excelente educación, alma sencilla, recto y fuerte, cumplió sus funciones con gran caridad y total entrega. Murió en San Lorenzo de una enfermedad de agotamiento el 5 de noviembre de 1831.

JEAN BAPTISTE BIDON (1778-1854)
"El fiel Bidón". "El Néstor de nuestro Instituto"

D. Juan Bautista Bidon es una de las figuras más simpáticas de la época de la fundación. Nacido en Burdeos, de una familia de obreros, aprendió el oficio de tonelero. En 1801 entró en la Congregación de la Magdalena, donde llegó a ser y siguió siendo uno de los miembros más

entregados, hasta el punto que fue nombrado Prefecto honorario. A él le incumbía principalmente el cuidado de los jóvenes artesanos de la Congregación. Las guerras de Napoleón lo obligaron a entrar en el ejército de Italia, donde fue hecho prisionero por los austríacos: pero, tanto en campaña como en cautividad, suspiraba por el momento en que podría encontrarse en su querida Congregación. De vuelta a Burdeos, se puso bajo la dirección del P. Chaminade y pronto fue admitido a hacer votos privados (1815), preludio de los que iba a emitir muy poco tiempo después en la vida religiosa. Fue, en efecto, uno de los siete fundadores de la Compañía, a la que siempre edificó por su alta virtud. El señor Bidon, «el fiel Bidon», como se le llamaba a veces, fue el hombre de confianza del P. Chaminade para lo temporal y por esa razón pasó en Burdeos la mayor parte de su vida. Solo se ausentó para fundar y dirigir durante unos años (1837-1841) la escuela de Clairac, país en gran parte protestante, donde sin embargo su virtud le ganó desde el principio el respeto y la veneración de todos. El Fundador recurrió a él para las misiones más delicadas: así en 1840 le encargó de acompañar la caravana de las Hijas de María llamada a la fundación de Olmeto, en Córcega. A la vuelta de este viaje, el señor Bidon fue enviado al noviciado de Santa Ana, donde pasó los últimos años de su vida.

Era un religioso de una humildad profunda, de un humor dulce y sereno, de un carácter amable, siempre dispuesto a prestar un servicio, y pronto en la obediencia. Cuando los primeros obreros apostólicos de la Compañía salieron para América, en 1849, un Superior preguntó en broma al señor Bidon, que entonces tenía 70 años, si estaba dispuesto a acompañarlos, y el anciano, creyendo recibir una orden, se puso enseguida a hacer sus preparativos para la marcha. Su vida era una oración continua y se decía que no interrumpía nunca su coloquio con Dios. En sus últimos tiempos, encorvado bajo el peso de los años, no podía andar más que apoyado en un bastón; aun entonces, no consentía permanecer inactivo: tenía todavía sus pequeñas responsabilidades, hacía algunos encargos, escribía algunas notas, prestaba algunos servicios. El resto de su tiempo estaba consagrado a lecturas piadosas y a la oración: se lo encontraba habitualmente en la capilla, donde hacía el *via crucis*, rezaba el rosario o recitaba el breviario, de rodillas en su banco ante el Santísimo Sacramento. «*Este Néstor de nuestro Instituto, el único quizá, escribía el P. Lalanne, que en medio de tantas sacudidas no ha vacilado jamás»,* se apagó dulcemente, asistido por el Buen Padre Simler, entonces joven religioso, que ha conservado para nosotros su recuerdo (J. SIMLER, *Circular* nº 31).

ANTOINE CANTAU (1791-1819).
Servidor del nuevo vino en las Bodas de la SM

La única biografía de la comunidad fundacional que no aparece en la edición de Lebon, es la de Antoine Cantau, e ignoramos la causa. Suplimos esta ausencia con estas líneas, que resumen su vida:

D. Antonio Cantau es el primer religioso que murió en la Compañía de María. Había nacido en Burdeos en una familia obrera y trabajaba como tonelero, igual que su amigo Bidon. En los orígenes de la Compañía resuena el mundo del vino, que recuerda a Jesús y María en Caná: la finca donde nació la SM, San Lorenzo, era un viñedo; en los primeros compañeros había dos que habían sido toneleros; el escondite de Chaminade en la "casa del pastor" durante el Terror estaba rodeado de vides (Le Pian Medoc, casa de Teresa de Lamourous); y Chaminade producía un buen vino ya en Mussidan y luego en San Lorenzo de Burdeos, que vendía en lugares de la región. El día de la beatificación de Chaminade en Roma, Juan Pablo II repetirá varias veces la palabra que María pronuncia en Caná y que nos lleva siempre a Cristo: "Haced lo que él os diga". Reclutado por Bidon para la Congregación justo en la época de la supresión (1810), tuvo que hacer también el servicio militar, pero a su vuelta, entró en el *"Estado"*. Cuando el grupo de los cinco primeros, decide la fundación de la SM al terminar el retiro en San Lorenzo, la noticia comienza a divulgarse en la ciudad, y Bidón y Cantau se unen al proyecto. A lo largo del año 1818 van organizando la vida de la comunidad, primero en Impase de Segur y luego en la Pensión Auguste (c/Menuts). Antoine Cantau lo nombra Chaminade Responsable del Oficio de Trabajo. Se puso a disposición del señor Auguste para el servicio interior de la casa. Al llegar a la comunidad le dijo: *«¿Qué es lo que tengo que hacer? El P. Chaminade me ha dicho que yo me encargaría de los trabajos de la casa, que haría las camas y lo demás*». El señor Auguste le respondió: «*Nos hemos acostumbrado a hacer nosotros mismos la cama, pero nos falta el cocinero*». Cantau fue el improvisado cocinero. «*Como era un arte nuevo para él, se mostró*

primero novicio. Pero el interés que puso en consultar, la atención con la que siguió las lecciones que le daban, las pruebas y combinaciones que hizo él mismo, le pusieron pronto en situación de preparar los platos aceptablemente» (Relato de Auguste con ocasión de la muerte de Antoine Cantau). El 20 de agosto de 1819, casi a los dos años de la fundación, moría en Burdeos el primer religioso marianista en la Compañía, con 29 años.

DAVID MONIER (1757-1849)
El gran secretario, redactor de textos y gestor de obras

D. David Monier es una de las figuras más curiosas de los orígenes de la Compañía de María, en la que jugó un papel muy importante. Nacido en Burdeos, en 1757, en una honorable familia que dio un sacerdote a la Iglesia, se hizo abogado y acababa de inscribirse en la Orden de abogados cuando estalló la Revolución: se dirigió a París y se entusiasmó con las ideas del momento. Pero los excesos del Terror lo llevaron a la reacción política y se lanzó a las más intrépidas aventuras, por Europa, para llevar la monarquía a Francia. Detenido por la policía de Napoleón y encerrado en la prisión del Temple, fue finalmente liberado y volvió a Burdeos, asqueado de la política, pero más indiferente que nunca en materia religiosa.

«*Hombre de mucho espíritu, escribe el P. Lalanne, y de una audacia intrépida, persuadiendo de lo que quería en la más brillante conversación, habiendo visto todo en el mundo y no habiendo olvidado nada, avezado en los asuntos más importantes y también en los más espinosos*», adquirió rápidamente una gran autoridad en su ciudad natal. Era el momento en que el P. Chaminade, de vuelta del exilio, creaba sus admirables asociaciones de jóvenes y de padres de familia. Al señor David Monier lo pusieron en contacto con él y pronto experimentó su ascendiente. Hizo un largo retiro bajo la dirección de su nuevo guía y salió transformado: su vida, en adelante, estuvo consagrada totalmente a las obras de caridad y apostolado, junto al P. Chaminade, a quien llamaba «su venerado padre» y a cuyo servicio puso sin reservas su pluma, su palabra y su experiencia. Durante muchos años fue el secretario más activo del P. Chaminade, redactando para él, con gran facilidad pero con un estilo a menudo oscuro, cartas, memorias y reglamentos, y permitiéndole así estar más libre para el cuidado de las almas. «*El señor David hablaba tan bien como escribía mal*», dijo el señor Lalanne; y por la palabra, en efecto, en discursos y conferencias llenas de doctrina y de elocuencia, el señor David –como se le llamaba brevemente– fue el colaborador precioso del P. Chaminade, incluso para la dirección de sus asociaciones religiosas: porque el antiguo discípulo de los filósofos, después de su conversión, se había puesto con ardor a estudiar la Sagrada Escritura, la Historia de la Iglesia y los autores ascéticos, y había adquirido una notable competencia. Finalmente, con su conocimiento del derecho y su experiencia en los negocios, el señor David prestó al P. Chaminade los más valiosos servicios en todas las cuestiones de carácter administrativo o contencioso.

El señor David ejerció primero su celo en la Congregación: a partir de 1804 fue su clave maestra y contribuyó a extenderla por toda la región. No fue menos activo su papel cuando se fundaron las Hijas de María; después de haber escrito, bajo la dirección del P. Chaminade, las Constituciones y los Reglamentos, fue en varias ocasiones a comentárselos. *«¿Cómo podría decirle, escribía Sor Teresa al P. Chaminade, el bien que nos ha hecho la visita de su respetable hijo, el señor David Monier? Nos ha dado una conferencia que ha dejado en todas nosotras las más vivas y saludables impresiones: cada una ha tomado notas de lo que más le ha impresionado para que, leyéndolas de vez en cuando, pasemos del conocimiento a la práctica».* Cuando llegó la hora de la fundación de la Compañía de María, el señor David no dudó en pedir su admisión. Tenía 60 años pasados. El P. Chaminade lo disuadió y el 5 de septiembre de 1818 se limitó a unirse a los fundadores con esta humilde declaración: «*Prometo en sus manos, señor director, completa dedicación y fidelidad constante al Instituto de María, durante todos los días que me quedan de vida*». Pero insistió tanto que, en uno de los retiros siguientes (1821), fue admitido a la profesión de votos perpetuos y se incorporó a la comunidad en la calle Menuts. En la Compañía, el papel del señor David no consistió solamente en redactar reglamentos, como el primer *Institut* sometido a la aprobación del arzobispo de Burdeos y la *Direction sur l'Institut;* él fue el principal instrumento del que Dios se sirvió para el desarrollo de la obra. Fue, en efecto, quien bajo la dirección del P. Chaminade –y arrastrándolo a veces a obrar más apresuradamente de lo que hubiese querido– negoció las primeras fundaciones de Agen, Colmar y Saint-Rémy, puntos de partida de las tres primeras Provincias de la Compañía. La imaginación excesiva del

señor David y su apego a sus ideas crearían después graves dificultades a él mismo y a su venerado Padre: la fe, que había arraigado profundamente en su alma, le recondujo siempre al deber.

Los últimos años de su vida los pasó en retiro. Vivía en la Magdalena, en una habitación situada encima de la del P. Chaminade; aquí murió, el 16 de enero de 1849, un año antes de su venerado Padre, asistido por el Buen Padre Caillet y los religiosos de la Magdalena. Mucho tiempo después se recordaba a este hombre pequeño, de tez rojiza, mirada penetrante, movimientos vivos, que llevaba todavía, siguiendo la moda del antiguo régimen, los cabellos atados con un lazo y cayendo en forma de cola sobre su larga levita. El señor David Monier había recibido del P. Chaminade una ardiente devoción a María: numerosos discursos escritos de su mano conservan su huella, así como varias páginas del *Manual del Servidor de María;* su recuerdo será siempre inseparable del de los orígenes de la Compañía de María.

Las primeros religiosos de Aquitania-Midi tras la Comunidad fundacional

PIERRE BOUSQUET (1795-1869)
El que triunfó a pesar de las pruebas

D. Pedro Bousquet, nació en Burdeos en 1795. Tonelero de oficio, entró en 1817 en la Congregación de la Magdalena y se puso bajo la dirección del P. Chaminade. Fue el primer novicio de la Compañía, al día siguiente de su fundación, y obtuvo del Buen Padre, por un favor especial, el ser admitido desde su entrada en el noviciado (1818) a emitir sus votos perpetuos privados, que transformó el año siguiente (1819) en votos de religión.

Después de haber sido empleado en la *Institución Santa María de Burdeos* de Rue Mirail, formó parte del primer grupo enviado a Saint-Remy, donde ejerció las funciones de Jefe de trabajo. En 1830 fue nombrado director del orfanato de la Caridad, en Besanzón; en 1835 volvió a Saint-Remy, donde el Buen Padre le confió la importante misión de Maestro de los novicios obreros. En esta época los noviciados de las diversas categorías estaban separados. Allí tuvo lugar un episodio de la vida del señor Bousquet que merece ser contado, a causa de la lección que encierra. Este buen religioso fue asediado por una fuerte tentación de abandonar la Compañía para ingresar en la Trapa. «*Me ha pedido,* escribía el Fundador*, poder exponer sus razones a un consejero que no fuera de la Compañía. En esta forma de proceder se da una ilusión específica: ¿qué otro interés puede tener la Compañía al retenerle, que hacerle cumplir todos sus deberes para con Dios? Estas ideas no pueden más que paralizarle en el cumplimiento de los planes de Dios sobre él, e impedirle cumplir con celo las funciones de que está encargado. No comprende que, al admitir todas esas ideas y acariciarlas, va contra su voto de estabilidad: y eso es muy peligroso para su salvación*». Sin embargo, el sr. Bousquet marchó a la Trapa, hizo un retiro de ocho días y se disponía a tomar el hábito, cuando la víspera de san José se sintió lleno de pena y de inquietudes, como nunca las había tenido en su vida. «*Tomé la decisión, escribía inmediatamente al Fundador, de poner todo en las manos de san José, rogándole que me concediera la ayuda que necesitaba en un peligro tan angustioso, e hice voto de ayunar durante un año, todos los miércoles, en su honor, si me concedía la paz. Al instante cayó la venda de mis ojos, reconocí toda la inconsecuencia de mi salida y vi claramente que el Buen Dios me pedía volver a sus pies, mi Buen Padre, para recibir la penitencia que quisiera imponerme*». El Buen Padre volvió a enviar al señor Bousquet a Saint-Remy, para que allí reemprendiera todas sus funciones. El buen religioso se puso al instante a cumplir sus obligaciones, pero tuvo que expiar su debilidad, porque la tentación le probó de nuevo y fue necesario que el Buen Padre le ayudase con una afectuosa firmeza contra las ilusiones del enemigo. «*No pierdo la confianza, escribía el Fundador: ha sido, durante mucho tiempo, ejemplar y mucho tiempo fiel a María Santísima, para sucumbir*». De hecho, triunfó, superó la prueba y continuó edificando a todos en Saint-Remy, después en el orfanato de la Caridad, donde ejerció de nuevo la Dirección que le confiaron en 1840. Sin embargo, su salud, que nunca le había preocupado, le traicionaba. Cayó gravemente enfermo y a duras penas se consiguió llevarle a Courtefontaine.

Allí su vida se prolongó mucho más allá de lo previsto. Encargado del cuidado de la enfermería, se ingeniaba para aliviar los sufrimientos de los otros sin contar con los suyos. Dando

cuenta a sus superiores de su trabajo diario, lo resumía en estas dos palabras: sufrir y rezar. Así pasaron, todavía, casi 20 años. Hacia el fin de su vida el P. Lalanne fue a Courtefontaine a presidir unos retiros. Cuando volvió a ver al señor Bousquet, agotado por la edad y las enfermedades, fue hacia él en medio de los Hermanos reunidos y los dos ancianos se abrazaron un largo rato: eran los recuerdos más queridos de la fundación los que se revivían en sus personas en medio de la emoción general. El señor Bousquet se apagó el 26 de julio de 1869, día de santa Ana, y su muerte fue tan edificante como lo había sido su vida.

BERNARD LAUGEAY (1796-1848)

El primer director de Primaria. Autor del primer método de enseñanza de la SM

D. Bernardo Laugeay, nacido en Burdeos en 1796, entró en 1817 en la Congregación de la Magdalena. Cuando se enteró de la existencia de la Pequeña Compañía, pidió formar parte de ella y fue recibido en la casa del Impase de Ségur el 25 de agosto de 1818, la víspera de la apertura del primer retiro de la Compañía en San Lorenzo. La virtud de este joven era tal que el P. Chaminade, que era su director desde hacía algún tiempo, no dudó en admitirlo enseguida a los votos perpetuos con los miembros fundadores de la Compañía (5 de septiembre de 1818). Dos años después (1820), el señor Laugeay era enviado a Agen para abrir la primera Escuela de la Compañía: el éxito fue tan completo que el P. Chaminade vio en ello una indicación de la Providencia para orientar en ese sentido el apostolado de sus hijos.

Tras abrir una segunda escuela en Villeneuve (1823), el señor Laugeay formó parte de la pequeña colonia de religiosos que introdujeron la Compañía en Alsacia en Colmar (1824): después fue encargado de fundar sucesivamente las escuelas de Sainte-Marie-aux-Mines (1828), de Brusque (1842) y de Cordes (1844). Al señor Laugeay debemos el primer Método de enseñanza de la Compañía, llamado *Ancienne Méthode (*«Antiguo Método»1824). El señor Laugeay ha dejado en la Compañía la reputación de un religioso admirable por su bondad y su dedicación, sus modales educados y amables, su espíritu de fe y de penitencia, su devoción a la Eucaristía y su piedad filial para con la Santísima Virgen. (Sobre el señor Laugeay, ver *L'esprit de notre fondation,* nn. 409 y 550).

JEAN Y LUIS ARMENAUD

Hermanos de sangre e hijos de María

D. Juan Armenaud (1794-1862) y su hermano D. Luis Armenaud (1798-1879) –que no podrían estar separados en la historia porque tampoco lo estuvieron en la vida– nacieron en Saint-Loubès, cerca de Burdeos, en los últimos años del siglo XVIII. Tras una juventud transcurrida ejercitando buenas obras, se pusieron en relación con la Congregación de Burdeos. Las actas del Consejo de la Congregación nos muestran al señor Bidon presentando, en 1817, «*una carta de los hermanos Armenaud, candidatos [approbanistes], que respira sentimientos de la piedad más ferviente*»: poco después fueron admitidos entre el número de congregantes, «a condición, dice el acta, de que uno de ellos venga cada domingo a Burdeos para la asamblea de la Congregación, y que continúen ocupándose de los niños a los que instruyen». Los piadosos jóvenes estaban maduros para la vida religiosa: por eso vemos a Juan, el mayor, asistir en 1818 al retiro de fundación de la Compañía, seguido poco después (1820) por su hermano Luis.

Después de una estancia corta en las escuelas de Agen, los dos hermanos fueron enviados por el P. Chaminade a Villeneuve-sur-Lot, donde juntos iban a pasar su vida. Juan fue el primero en llegar (1823), seguido pronto de Luis, su hermano menor (1826), a quien cedió pronto la dirección y bajo cuya obediencia vivió hasta su muerte. Durante casi medio siglo fue un espectáculo edificante ver a estos dos religiosos, hermanos por la naturaleza y por la gracia, trabajando con el mismo ardor en la obra que les estaba confiada. Juan murió el primero, el 19 de enero de 1862; Luis le sobrevivió hasta el 30 de octubre de 1879. La población de Villeneuve se sintió honrada dedicando a los dos hermanos, y con ellos a todos sus colegas, una capilla funeraria que llevaba esta inscripción: *A los Hermanos de María, tres generaciones agradecidas.*

BERNARD GAUSSENS (1795-1873)
El pionero de las Escuelas normales

D. Bernardo Gaussens es uno de los religiosos de la fundación de quien la Compañía debe guardar el recuerdo más agradecido por sus preciosos servicios prestados durante una carrera activa de más de 50 años. Nació en 1795 en Branne, cerca de Burdeos, en una familia muy honorable. Cuando terminó sus estudios clásicos, se enroló en el ejército, con apenas 16 años, tomó parte en las guerras de España y volvió a su país con el título de oficial. Cuando en 1819 el P. Chaminade fue a Libourne para organizar la Congregación, el señor Gaussens fue de los primeros en inscribirse y para él, como para tantos otros, la Congregación fue la antesala de la vida religiosa: efectivamente se unió en 1820 a los miembros de la Pequeña Compañía, en la calle Menuts, y en 1821 emitió sus votos perpetuos.

Tomó parte en la fundación de nuestra primera Escuela primaria en Agen (1821), y luego fue agregado a la pequeña colonia enviada a Saint-Rémy (1823): allí, como Jefe de instrucción, dio conferencias pedagógicas muy apreciadas a los profesores de la región reunidos para los ejercicios de retiro, y fue encargado de la dirección de nuestra primera Escuela Normal (1824). Abrió a continuación la Escuela Normal de Courtefontaine (1829) y, después de nuevas estancias en Agen y Saint-Rémy, se hizo cargo durante 16 años de la dirección de la importante escuela de Colmar (1840-1856). Volvió al Midi, donde, después de algunos años al frente del internado de Moissac, fue el primer Inspector de la Provincia (1859), cargo en el que duró hasta su muerte, sobrevenida el 15 de septiembre de 1873, octava de la Natividad de la Santísima Virgen. La Compañía debe al señor Gaussens varios de sus primeros libros clásicos, entre otros el *Silabario,* las *Primeras lecturas* y la *Historia sagrada.*

El P. Chaminade hizo su mejor elogio cuando, en una de sus cartas, no temía escribir de él: «*la lealtad, la franqueza y el desprendimiento forman su carácter*». Durante toda su vida el señor Gaussens guardó algo de su primera profesión de militar: tenía el porte recto, el aire militar, la palabra breve; pero, bajo la influencia de la gracia, su carácter, naturalmente impulsivo, se dulcificó y se hizo bueno, afable y complaciente. Como todos nuestros antiguos, tenía un modo de presentarse cuidado y unos modales distinguidos, gracias a los cuales se ganaba desde el principio a maestros y alumnos: además su conversación era espiritual e interesante, contentando a la vez a la mente y al corazón. Lo mismo que sabía mandar, sabía obedecer. «*Usted me pregunta, escribía al Buen Padre sus últimos años, si mi edad y mis enfermedades me permiten ir a vivir a Moissac. Esta pregunta, querido Buen Padre, me aflige, porque me coloca ante una opción, una elección que la obediencia habría podido ahorrarme; es la obediencia lo que consuela el corazón de un religioso*». «*Por obediencia, afirmaba él, gustosamente daría mi vida*». Se puede decir que vivió este voto al pie de la letra: aquejado de enfermedades dolorosas y precoces, tuvo siempre un admirable coraje para cumplir su deber hasta el final. «*Solamente al final de su vida, -escribía el Buen Padre Chevaux-, permitió dejar a otros el cuidado de visitar las casas más alejadas. Continuó la inspección de las casas situadas alrededor de Burdeos, e incluso aquí, más de una vez tuvo que parar en el camino por la fatiga y la enfermedad*».

«*Un día que se había detenido por esa razón en una de nuestras casas, un sacerdote de la Compañía le dirigió unas palabras de ánimo y pronunció el nombre de la Santísima Virgen, a la que él había amado y servido durante tanto tiempo: "¡Oh, sí!, exclamó inmediatamente, amo a la Santísima Virgen: por su amor y a su servicio entré en la Compañía; le debo todo, mi vocación, mi perseverancia y toda mi confianza… Mientras uno ame a la Santísima Virgen, no teme nada, se consuela de todo y permanece fiel a su vocación. ¡Ah, si todos los religiosos comprendiesen bien lo que significa ser hijo de María!*". Y desahogando así su corazón, daba rienda suelta a sus lágrimas. «*Hoy, -concluye el P. Chevaux-, no dudamos de que el señor Gaussens goza de la recompensa prometida a todos los que han procurado propagar el culto de nuestra buena Madre: Qui elucidant me, vitam aeternam habebunt*» (Circular del 26 de mayo de 1874).

JEAN-MARIE MÉMAIN (1797-1837)
Uno de los fundadores de Agen

D. Juan María Mémain, nacido en Saint-Loubès, cerca de Burdeos, entró en la Compañía a finales de 1818 y fue en 1820 uno de los fundadores de la Escuela de Agen. En 1823 llegó a ser su director, y, salvo algunas ausencias momentáneas, permaneció allí hasta 1833. En esta fecha, fue nombrado Ecónomo del Internado Santa María, donde el P. Lalanne acababa de reemplazar al señor Auguste, y contribuyó al traslado del internado de Burdeos a Layrac (1835); en esta misma fecha, sucedió al señor Auguste como Jefe general de trabajo de la Compañía. Tras algunas dificultades de orden financiero, dejó Layrac (1836), volvió a tomar la dirección de las Escuelas de Agen y en 1837 salió de la Compañía. – El señor J.-M. Mémain tenía un hermano, Antonio, que solo pasó unos pocos años en la Compañía.

PIERRE JONCAS (1800-1870)
El sastre que oraba continuamente

D. Pedro Joncas es uno de los religiosos que han dejado más agradable recuerdo en la memoria de los antiguos. Nacido en Sigoulès, Dordoña, en los primeros días de la Revolución y bautizado en un bosque por un sacerdote fiel, aprendió el oficio de sastre. De vuelta a Francia, se estableció en Burdeos y se hizo inscribir en la Congregación. Poco después solicitó el ingreso en la pequeña Compañía, haciendo su profesión en San Lorenzo, durante el retiro de 1819.

Durante sus cincuenta años de vida religiosa, ejerció el oficio de sastre en distintas casas de la Compañía, pero sobre todo en Burdeos, donde fue portero en el noviciado de Santa Ana, donde muchas generaciones de novicios quedaron edificadas por su ejemplo.

Tenía un grado poco común de espíritu de oración y con gusto rezaba en voz alta cuando estaba solo. En cualquier momento o lugar en que se encontrara, se le veía rezar; en el taller recitaba varias veces el rosario con sus ayudantes durante el trabajo y, para contar las avemarías decía: *Mil* veces Dios te salve María, *Dos mil* veces, Dios te salve María, y así hasta *Diez mil* veces… Se sentía feliz hablando de la Santísima Virgen y sus ojos se humedecían de lágrimas cuando oía publicar sus grandezas. Comulgaba a diario, lo que no era frecuente en aquella época, y usaba regularmente el cilicio. Incluso, según confió a un religioso para quien no tenía secretos, había pedido y obtenido la gracia de sufrir continuamente.

Con la piedad, la caridad era el rasgo característico de este religioso que con su virtud, había transformado poco a poco su carácter «un poco brusco y taciturno». Acogía en Santa Ana a los que llegaban: «*Sea usted bienvenido*», les decía con gracejo, o «*Que Jesús, José y María estén con usted*» y se ponía a su disposición para cualquier servicio que pudieran necesitar. Cuando salían, nunca dejaba de añadir a su despedida cariñosa, este deseo tan cristiano: «*Que el Ángel de la Guarda le acompañe*». No perdía ocasión de dirigir una palabra edificante o de dar consejo a los hermanos jóvenes que le rodeaban: «*Acuérdense, les decía, que sin la gracia de Dios nada somos, nada podemos, nada valemos*».

Le gustaba contar cosas de la vida del P. Chaminade, hacia quien profesaba una profundad veneración. Había tenido cierta aprensión a la muerte: Dios le libró de sus terrores, pues se extinguió dulcemente, sin enfermedad y sin agonía el 10 de mayo de 1870, en el momento de la elevación, recibiendo del sacerdote la última absolución. El sr. Joncas hizo entrar a una de sus sobrinas en las Hijas de María y a uno de sus sobrinos en la Compañía de María: este último, el P. Antonio Enjugier, iniciado por sus cuidados a la vida religiosa, dejó memoria venerada en la Orden, después de haber desempeñado los cargos de Adjunto al Jefe general de Instrucción (1886-1896) e Inspector de la Provincia de España (1896-1904).

JEAN SEGUIN (1797-1889)
Manos hábiles y espíritu que edifica

D. Jean Seguin, nacido en Latresne, cerca de Burdeos, formó parte en 1818 de la Congregación de La Magdalena y por ella conoció la Compañía de María, en la que entró en 1822. Jefe de taller en San Lorenzo y muy hábil carpintero, cerrajero, mecánico, fue enviado en 1835 a Saint-Remy, para organizar allí los talleres de la comunidad de San José. En 1848 fue destinado, cerca de Burdeos, a Coubeyrac, en la región de La Jalague, donde la Compañía acababa de fundar una escuela agrícola, transformada más tarde en orfanato. Allí pasó todavía

cuarenta años y allí murió a la edad de 92 años. El señor Seguin era un hombre pequeño, vivo, nervioso, habilidoso con sus manos, de carácter dulce y agradable, de humor jovial, de presencia educada y distinguida, y de una vida religiosa edificante.

ANTOINE MARRES (1808-1855)
La vida espiritual vivida y transmitida

D. Antonio Marres, de una buena y cristiana familia de Nérac (Lot y Garona), después de un breve tiempo en el seminario de Agen, entró en el noviciado de San Lorenzo y formó parte del pequeño grupo de la fundación de Saint-Remy. Fue empleado, en primer lugar, en los trabajos de la cocina. Después pasó a dar clases en los grados elementales. Tenía gran preocupación de su vida interior, a juzgar por el cuaderno de notas espirituales de los retiros que se ha conservado. De forma especial en estos escritos aparece el resumen de las conferencias del P. Chaminade en Saint-Remy en los retiros de 1827. Pasó los últimos años de su vida en Saint-Claude, donde hizo un gran bien a los alumnos pequeños por su dulzura y su bondad. «*Era un muy buen religioso, escribía su director, de muy buen carácter, muy avanzado en la virtud*».

JEAN BAPTISTE FONTAINE (1807-1861)
Mariólogo, pedagogo y predicador. El Evangelio en el bolsillo y en la vida

El P. Juan Bautista Fontaine, fue una de las figuras más simpáticas de la historia de la Compañía de María. Nacido en 1807 en Beauvais (Alta Francia-Oise), Juan Bautista Fontaine siguió los cursos del Seminario menor y del Seminario mayor, y, habiendo manifestado el deseo de la vida religiosa, fue dirigido hacia la Compañía de María por el P. Gignoux, Superior del Seminario mayor y antiguo congregante de Burdeos. El P. Chaminade lo admitió (1830), lo formó en la vida religiosa y no tardó en apreciar la valía de aquel que la Providencia le enviaba. Promovido al sacerdocio por obediencia (1832), el P. Fontaine fue enviado poco después a Saint-Remy para suceder al P. Lalanne en la dirección del internado (1834). El Capítulo general de 1845 lo nombró segundo Asistente del Superior general y siguió a Burdeos al B. P. Caillet, con el cual tomó parte en el doloroso conflicto que entristeció los últimos años del Fundador. En 1856, el P. Fontaine añadió a su cargo la fundación del colegio de Saint-Jean-d'Angély, y después, en 1861, cuando la Administración de la Compañía de María fue trasladada a París, añadió la dirección de la *Institución Sainte-Marie* de la calle de Berry (transferida de la calle Monceau). Acababa de predicar allí el retiro de primera comunión cuando, atacado por la escarlatina, sucumbió por la fuerza de la edad el 3 de junio de 1861.

El P. Fontaine tenía una talla un poco por encima de la ordinaria; su rostro lleno, regular, expresivo, de tez clara y poco coloreada, estaba enmarcado en unos cabellos negros, que empezaban a despoblarse en la frente y recaían en rizos por la espalda; tenía los ojos vivos y negros, la nariz recta y afilada, la boca grande y los labios fuertes, la voz sonora y simpática. Dotado de una constitución robusta, la aprovechó para trabajar y gastarse sin reservas: tanto en Saint-Remy como en Burdeos, tras la oración de la noche, estaba despierto hasta bien avanzada la noche, lo que le permitía afrontar ocupaciones que hubiesen desbordado a cualquier otro. Efectivamente, en Saint-Remy, a las cinco horas de clase al día, juntaba el peso de la dirección, de las confesiones, de la predicación, y todavía encontraba tiempo para escribir y preparar interesantes obras dramáticas para las sesiones de reparto de premios: también aquí redactó, bajo la dirección del P. Chaminade, la última edición del *Manual del servidor de María (1840-43),* con sus admirables páginas sobre las grandezas de la Santísima Virgen.

En Burdeos, a la responsabilidad de su oficio, añadía cursos de teología a los clérigos de la Compañía, un considerable ministerio de confesiones en la residencia y en las comunidades religiosas de Burdeos, y numerosas predicaciones en la Magdalena y en las parroquias. En el mismo Burdeos, reunió en encuentros a los principales directores de la Compañía y en 1856 les remitió el *Manual de pedagogía cristiana.* En 1859, consiguió con brillantez los títulos de licenciado en letras y licenciado en teología: su tesis de doctorado en teología acababa de ser aceptada cuando le sorprendió la muerte. En las vacaciones, el P. Fontaine predicaba tres, cuatro y hasta cinco retiros. Sus pláticas eran claras y abundantes, bien estructuradas, ricas en doctrina, animadas de su soplo cálido y vibrante, apoyadas con un gesto amplio y potente; se sentía el espíritu de fe que le empapaba, el celo por la salvación de las almas que le inflamaba. Hablaba

con una gran franqueza y gran libertad: nadie, desde el Fundador, había ejercido semejante influencia en las almas.

Además, el P. Fontaine alimentaba constantemente su palabra con la lectura y la meditación: en Burdeos, trabajaba asiduamente en la gran biblioteca con la que el P. Chaminade había enriquecido la Magdalena; en viaje, incluso en sus recorridos por la ciudad, se le veía invariablemente con un libro en la mano y leyéndolo atentamente; por encima de todo, leía y releía el Evangelio. Al final de una entrevista de dirección tenida con uno de nuestros sacerdotes, sacó de su bolsillo un librito que era el *Manual del cristiano* y le dijo: «*En sus penas y en toda circunstancia, lea el Evangelio, léalo a menudo; siempre encontrará en él luz, fuerza y consuelo; yo lo llevo siempre conmigo y, en cuanto tengo un momento libre, leo algunos versículos; lea sobre todo el evangelio según san Juan*». En las entrevistas de dirección, nadie como él sabía abrir y ganar los corazones: lo merecía por su vida total de trabajo, de celo, de piedad, por su carácter abierto, alegre, jovial, ardiente y bondadoso, por su palabra sencilla, cordial y viril.

El P. Fontaine tenía hábitos de orden, limpieza, pobreza y sencillez en su persona y en todo lo que estaba a su uso. Era de una regularidad ejemplar y de una piedad edificante: siempre de rodillas en la oración, tenía la costumbre, cuando se encontraba solo, de recitar las oraciones vocales lentamente, vocalizando y a media voz, costumbre que conservó hasta su muerte, hasta tal punto que el P. Caillet tuvo que insistir para que no se impusiese este aumento de fatiga.

Según el B. P. Caillet, el P. Fontaine era un niño en la obediencia. Amaba también a la Compañía con un amor de hijo, siempre dispuesto a gastarse por ella, ofreciéndose en 1840 a introducirla en América, trabajando con dedicación por conseguir nuevos miembros para ella: fue también llorado por la Compañía, donde su recuerdo debe ser conservado como el de uno de sus mejores hijos. Su cuerpo reposa en el panteón de los Superiores en Merles.

FRANCISCO BONNET (1808-1835)
Un hombre capaz de futuro

D. Francisco Bonnet, originario de Mauriac (Cantal-Auvernia), hizo su noviciado en Burdeos en 1830. Fue con el P. Chaminade a Agen y le ayudó algún tiempo como secretario en 1833, después fue enviado a Saint-Remy, donde murió de tuberculosis. El sr. Silvain en sus Memorias cuenta esta anécdota: «*El P. Chaminade se mostraba a menudo muy severo en las pruebas a que sometía a las personas que le parecían pretenciosas, antes de admitirlos en la Compañía. Uno de ellos era el sr. Bonnet, que fue enviado a tres establecimientos que previamente habían recibido orden de no recibirle más que con muchas dificultades. El P. Chaminade –no sé con qué fin– me ha contado esto…, me decía que necesitaba hombres o jóvenes capaces de futuro*».

GUILLAUME SILVAIN (1811-1890)
Solos nos perdemos, pero guiados enriquecemos

D. Guillermo Silvain es una las figuras más curiosas de la historia de la Compañía. Originario de la diócesis de Agen, entró en San Lorenzo en 1827 y, después de su profesión (1830), trabajó en Saint-Remy, después en Courtefontaine. Estaba dotado de una naturaleza exuberante y de una fe a toda prueba. El P. Chevaux lo describía así al P. Chaminade: «*Donde el sr. Silvain es maravilloso, es en sus obras de celo con los alumnos. Si el establecimiento de Saint-Remy va bien en lo que se refiere a las buenas costumbres y el buen espíritu, no dudamos confesar que se lo debemos al sr. Silvain, pero su celo debe ser dirigido: solo, haría cantidad de disparates; dirigido, consigue los más felices resultados*». Desdichadamente, el sr. Silvain fue nombrado director de los Internados de Orgelet y de Cuiseaux: de esta última localidad, se trasladó, durante una noche, con alumnos, maestros y mobiliario, a la ciudad vecina de Lons-le-Saulnier, donde dio un nuevo empuje a su obra (1852). Director en Cordes y en Beaumont-de-Lomagne, lanzó igualmente estos dos establecimientos; pero, habiendo aceptado imprudentemente sin permiso servir de aval a un industrial en difícil situación económica, se vio, de pronto cargado de una enorme deuda, que la Compañía no pudo ni quiso tomar a su cargo (1868). A la edad de 60 años, el sr. Silvain salió para América, sin conocer la lengua. Allí se puso al servicio del obispo de Wheeling (Virginia), que después de dos años le ordenó sacerdote y le confió una misión. En este tiempo, a fuerza de trabajo, el sr. Silvain ganó suficiente dinero para pagar sus deudas y, por fin libre de esta carga, volvió a Francia (1884), a su querida Compañía

y pasó los últimos años de su vida en Courtefontaine, edificando a sus Hermanos por su oración, su paciencia, su buen humor, que nada le pudo alterar nunca en su vida, y su entrega afectuosa al Fundador, al que profesaba la más profunda veneración. El sr. Silvain ha dejado una notas interesantes sobre el Fundador y los primeros tiempos de la Compañía.

PIERRE MERIGOT (1812-1866)

Un corazón de madre, en la escuela del Fundador

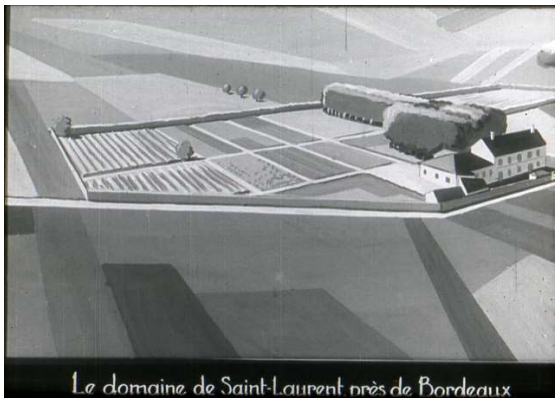
El 19 de septiembre de 1826, el sr. David Monier, secretario del consejo, escribía de Burdeos al Buen Padre Chaminade, entonces en Alsacia: «*Un tal sr. Mérigot, del Alto País, le lleva a su hijo, para que usted disponga según los planes de Dios».* – El P. Pedro Mérigot, nacido en 1812 en un modesto pueblo de la región de Agen, hizo su primera comunión y su noviciado en San Lorenzo, bajo la dirección del venerado Fundador, a quien él consideró siempre como un santo; enseguida fue empleado, primero en los trabajos manuales y después en la enseñanza en varias comunidades del este de Francia, en particular en Colmar, donde dio clase a los pequeños durante doce años, y luego en Fumay, donde fundó la escuela y acabó su vida. En Colmar, el sr. Mérigot se hizo querer por todos. Las madres de familia consideraban como un favor poder asistir a veces a las encantadoras instrucciones a los muy pequeños. En comunidad, era el más pobre de todos, llevando, dentro de casa, una levita gastada hasta el límite. Por su carácter jovial, mientras los Hermanos estaban ocupados, durante el recreo, en tajar las plumas de ganso que usaban los alumnos, mantenía a su alrededor una buena y franca alegría, contribuyendo así al espíritu de familia. En Fumay ganó pronto el corazón de toda la población y llegó a ser el consejero y amigo de todos: nada importante se hacía en Fumay sin que viniesen a consultarle, y a menudo, en un asunto delicado, estas simples palabras: «*El Padre Mérigot lo ha dicho*», terminaban el debate. Era querido por todos, pobres y ricos, pequeños y grandes. Bastaba hablar con él una vez para ser ganado a su causa: tal fue el caso de un hombre de alta posición, que detestaba a los Hermanos hasta el punto de darles la espalda cada vez que se encontraba con ellos. El sr. Mérigot tuvo un día ocasión de hablar con él: fue suficiente para que desde ese momento se convirtiese en el mejor amigo de la escuela. El sr. Mérigot no era menos querido por sus hermanos. Cumpliendo fielmente la Regla, tal como había sido formado en la escuela del Fundador, se ingeniaba para serles agradable, iba por delante de sus necesidades sin que tuvieran que esforzarse en exponerlas, sabía hacerles comprender y reconocer sus errores evitando todo reproche humillante, les testimoniaba una confianza que estos le devolvían con creces, los apoyaba y los defendía «*como una gallina defiende a sus polluelos*», escribe ingenuamente uno de los Hermanos que vivieron bajo su dirección. Su humildad era profunda y, en medio de sus Hermanos, no quería más distinción que la de ser tratado peor que ellos. Cuando sufría, lo cual era frecuente, trataba de disimularlo y, si los hermanos lo notaban, era por el esfuerzo que hacía para parecer más alegre y expansivo. Su solicitud y su caridad hacia sus Hermanos resplandecían sobre todo, siguiendo las recomendaciones de la Regla, cuando estaban enfermos. Habiendo caído gravemente uno de ellos, el sr. Bleicher, durante varias semanas, juntó a los alumnos de este con los suyos y, cuando acababa la clase, permanecía a su cabecera, velándole como lo hubiese hecho una Hermana de la caridad y no queriendo dejar este cuidado a ningún otro. Y si se intentaba apartarle alegando la fatiga, respondía: *«¿Es que una madre se fatiga cuidando a su hijo?*». El Hermano curó y el director lo hizo festejar; pero poco después, agotado, él mismo cayó enfermo y tuvo que encamarse: ocho días después, el 13 de enero de 1866, entregaba su alma a Dios. Fue un duelo público en la ciudad de Fumay; más que eso, hubo conversiones ante su lecho fúnebre y la población entera quiso levantar un monumento sobre la tumba del llorado director. El P. Loetsch, Provincial de Alsacia, en una circular a la Provincia comunicó la muerte en estos términos: «*El Buen Dios acaba de llamar a uno de nuestros mejores religiosos: el señor Mérigot, director de nuestra escuela de Fumay, ha sucumbido a una enfermedad que había contraído por un exceso de trabajo y por todo el esfuerzo realizado para cuidar a uno de sus Hermanos enfermo: hermoso ejemplo de entrega, que el Buen Dios sabrá recompensar dignamente. Como él, nosotros hemos tenido la dicha de consagrarnos al servicio de María: renovemos a menudo le resolución de perseverar hasta la muerte, a pesar de todas las pruebas y dificultades que tengamos que atravesar*».

JUSTIN DUMONTET (1813-1903)
"¡Hijo mío, sé fiel"

D. Justino Dumontet (1813-1903), es una de las más interesantes figuras de la Compañía en esta época. Su abuelo, italiano de origen y profesor de lengua italiana en el liceo de Burdeos, había sido convertido en 1801 por el P. Chaminade, como se puede leer en la *Vida* de este [escrita por Simler]. En 1823, cuando tenía 10 años, el joven Justino perdió a su madre y fue adoptado por el Fundador, que le hizo celebrar su primera comunión en la Magdalena y le admitió como postulante en San Lorenzo. Desde entonces, se creó una gran intimidad entre el joven y el anciano. Al sr. Justino le gustaba contar que, estrechándole contra su corazón, el P. Chaminade le decía: ¡Hijo mío, sé fiel! Después de su profesión (1829), el joven religioso siguió un tiempo en San Lorenzo, y después, en 1831, fue enviado a Agen, y en estas dos casas estuvo muy unido a la persona del Fundador. «*Tuve la dicha de estar encargado del servicio de su persona, escribe él, durante cerca de un año en que él vivió en el Noviciado de San Lorenzo, y pude ser el afortunado testigo de sus hábitos piadosos. Cada noche, le ayudaba a acostarse, dándole los cuidados que necesitaba por su escara en el brazo, preparándole su lecho y recibiendo su "Buenas noches" paternal. En cuanto se acostaba, empezaba la invocación al santo Nombre de Jesús, que él repetía 33 veces, sin duda para honrar los 33 años de Jesús en la tierra. En Agen, durante dos años, tuve también la dicha de servirle. Comía en su cuarto, y cada noche, después de la cena, leía al P. Nouet. Entonces me di cuenta de que se daba disciplina, porque las cortinas de su alcoba estaban manchadas de sangre a la altura en que las espaldas tocaban las cortinas, y sus camisetas de franela estaban cubiertas de costras de sangre en el lugar de las espaldas: lo hice notar a las Hijas de María, cuando iba a llevarles la ropa del Buen Padre para lavarla*».
En su larga carrera, el sr. Dumontet ejerció las funciones de director en Clairac, Réalmont, Chalabre, Servian y Gensac; después ocupó el cargo de sacristán en París y en Burdeos: finalmente pasó los últimos años de su vida en la Escuela Sainte-Marie de Caudéran, donde murió ya muy anciano. Formado en la virtud desde su infancia por el Fundador, fue, en todas partes por donde pasó, un modelo edificante. «*Se puede decir, -escribe uno de los que le conocieron bien-, que toda su vida fue una sucesión de actos de un celo vehemente por los intereses de la gloria de Dios y de la salvación del prójimo. Nadie podía separarse de él sin haber oído unas ardientes palabras de edificación sobre Nuestro Señor o sobre la Santísima Virgen*».
Desde pronto, en una época en que la comunión frecuente era todavía rara, incluso en las comunidades religiosas, el sr. Dumontet se mostró fiel a la comunión diaria. Como sacristán, se hizo notar por su respeto y su piedad en el cuidado de los altares. Tenía un don especial para preparar a los niños a la primera comunión, y en la Magdalena de Burdeos se dedicó con celo a la obra de los pequeños auverneses. El sr. Dumontet ha dejado recuerdos preciosos de la vida del Fundador.

PIERRE-JEAN SAUSSOL (1787-1859)
Entrega y austeridad

D. Pedro-Juan Saussol, nacido en Martinie de Loubous, cerca de Réquista (Aveyron), ejerció primero las funciones de profesor en Rodez. Aquejado de enfermedades precoces, pero animado de un profundo espíritu religioso, entró en la Compañía, en Burdeos, para vivir retirado, prestando los servicios que podía. Tras haber emitido sus primeros votos en 1833 y sus votos perpetuos en 1834, fue ordenado sacerdote en 1835 y enviado a Courtefontaine, donde acabó su carrera. Religioso de una gran austeridad de vida, no hacía más que una comida por día, dormía en el suelo, rezaba día y noche, tomaba parte activa en los trabajos del campo y no ejercía ningún ministerio fuera de la misa. Dejó el recuerdo de un piadoso y santo penitente.

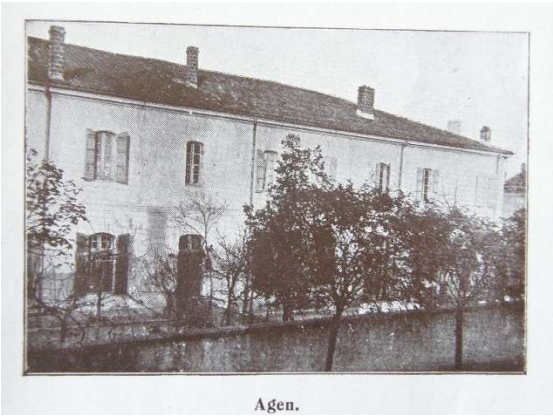


Burdeos. San Lorenzo

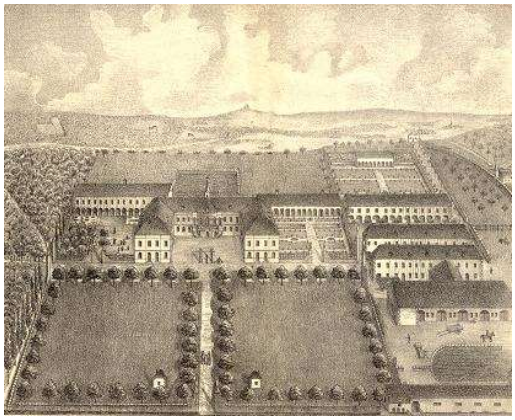
La Magdalena

Pension Auguste. Rue Menuts

Institution Sainte Marie. Rue MIrail



Escuela de primaria. Agen



Saint-Remy

Saint-Remy, hoy

Los primeros marianistas del Nordeste (Franco Condado, Alsacia, Suiza)

La Compañía de María salió por primera vez de la zona bordelesa de los orígenes en 1823, con la fundación de Saint Remy (Franco Condado). Inmediatamente sucedió la expansión por otras zonas del nordeste francés: sobre todo Alsacia (Colmar en 1824, luego Saint Hippolyte, Ebersmunster, etc), región de donde surgieron numerosas vocaciones, y el mismo Franco Condado (Besançón, Courtefontaine). Ya antes de la fundación de Saint Remy, los primeros aspirantes alsacianos llaman a la puerta de la Compañía, formándose en el noviciado de Burdeos. A partir de las fundaciones de Alsacia y Franco Condado, surgen las nuevas casas de formación en el Nordeste. Vamos a presentar al primer grupo de marianistas significativos de Alsacia, que está al origen de una larga e ininterrumpida respuesta vocacional y un plantel de magníficos religiosos. La Compañía de María sin Alsacia no se entendería bien. Y la España marianista le debe también mucho a esta gran región de Francia.

LOUIS ROTHÉA (1785-1844).
Introductor de la Compañía de María en Alsacia

D. Luis Rothéa es una de las figuras más simpáticas de estos orígenes: fue el instrumento escogido por la Providencia para introducir la Compañía en Alsacia, y, por Alsacia, en el Franco Condado, en América y en Austria. Nacido en 1785 en Landser, cerca de Mulhouse (Alta Alsacia), Luis Rothéa fue a Burdeos para iniciarse en el comercio en una de las grandes casas de esta ciudad. La Congregación fue el cebo del que Dios se sirvió para atraerlo a la vida religiosa: habiendo entrado en 1817 en la Congregación, se puso enseguida bajo la dirección del P. Chaminade y fue admitido en el noviciado de la Compañía el 15 de agosto de 1819. En 1820 hacía sus votos perpetuos y se daba sin reservas al Fundador. Al año siguiente, como el Padre Ignacio Mertian, Fundador de los Hermanos de la Doctrina cristiana de Alsacia, había pedido al P. Chaminade un religioso para iniciar a sus novicios en la vida religiosa, Luis Rothéa fue nombrado para esta delicada misión, y pasó un año entero en Ribeauvillé, llevando el hábito de los *Hermanos de la Doctrina cristiana* y recibiendo el nombre de *Hermano Ignacio*.

Sin descuidar el cumplimiento concienzudo de su tarea, el ferviente religioso trabajaba por la entrada de su querida Compañía en Alsacia. No era el único en abogar por esta causa ante el P. Chaminade: sus dos hermanos se unían a él, el Padre Carlos, párroco de Sainte Marie-aux-Mines, que acababa de entrar en la Compañía (1821), y Xavier, que se uniría a ella en calidad de afiliado. La Alsacia, escribía él, dedicada a la Santísima Virgen, era una tierra predestinada para una Orden consagrada a María; se convertiría en el vivero del Instituto: palabras a las que la realidad daría razón ampliamente. De hecho, en el año 1822, los primeros postulantes de Alsacia, ganados para la Compañía por Luis Rothéa, recorrían a pie las 250 leguas que los separaban de Burdeos, y se presentaban al P. Chaminade para ser admitidos por él en el noviciado de San Lorenzo: era el punto de partida de una corriente de vocaciones que nada ha podido interrumpir y que, después de un siglo, continúa alimentando generosamente a la familia de María. Además, el P. Chaminade no pudo tardar ya más en responder a los deseos de la Alsacia que lo llamaba por la voz del P. Maimbourg, párroco de Colmar; y en 1824 Luis Rothéa salía de nuevo de Burdeos con la bendición de su venerado Padre, para abrir una escuela en Colmar. Esta escuela, la primera de la Compañía en Alsacia, iba a ser también la más próspera: cuando 50 años después, en 1874, los religiosos tuvieron que abandonar Alsacia, contaba con más de 1.000 alumnos distribuidos en unas 20 clases.

A partir de este momento, Luis Rothéa trabajó con un nuevo ardor, bajo la dirección del P. Chaminade, en el desarrollo de su querida familia religiosa en Alsacia. En 1826, negoció con el P. Ignacio Mertian la fusión del Instituto de los *Hermanos de la Doctrina cristiana* con la Compañía de María, y la cesión a esta de la importante casa de Saint-Hippolyte. Gracias a él se abrieron enseguida las escuelas de Ammerschwir (1826), de Sainte Marie-aux-Mines, de Ribeauvillé (1827), de Ebersmunster (1833), en la antigua abadía comprada con el dinero de su familia, de Soultz (1835), de Kaisersberg (1836) y de Wattwiler (1839). En 1841, agotado por la edad y las austeridades, se retiró a Ebersmunster, donde acabó piadosamente su carrera terrestre (2 de mayo de 1844). El P. Chaminade lloró su muerte y le recordó como «*un hijo muy querido: no ha ignorado –escribía al P. Meyer– todo el afecto que le tenía, y siempre he creído que nuestro afecto totalmente religioso era recíproco*». Don Luis Rothéa reposa en el cementerio

de Ebermunster, no lejos de su hermano Xavier y de su venerable padre Carlos Rothéa, que acabaron también los dos su vida en la antigua abadía que habían adquirido a la Compañía.

CHARLES ROTHÉA (1791-1868)
"Una de las columnas de la Compañía". Memoria permanente del Carisma

El P. Carlos Rothéa fue el primer sacerdote que ingresó en la Compañía de María, y uno de los religiosos de los orígenes marianistas que ha dejado más huella. Hermano de Luis Rothéa, nace también en Landser, el 4 de abril de 1791. Los primeros estudios, los hace con los benedictinos de Mariastein, cerca de Basilea, quienes desarrollan en Carlos el talento musical, que hará brillar a lo largo de su vida, en el canto y el órgano. Realiza sus estudios de teología en el Seminario de Besanzón, y es ordenado sacerdote en la capilla de las Ursulinas de Friburgo (Suiza) el 9 de mayo de 1816. Comienza su ministerio pastoral como párroco (¿o vicario parroquial?) de Santa María de las Minas. Entra en la Compañía de María en Burdeos siguiendo los pasos de su hermano Luís, que había entrado en el noviciado un año antes. Recordando su noviciado escribía al P.Chaminade: "*Cuando llegamos a San Lorenzo, a las nueve de la noche, no había más que un poco de paja. ¡Qué extrema pobreza! Sin embargo, la alegría reinaba entre nosotros: cantábamos, estábamos contentos. Vivíamos tan pobres, que cuando usted vino a vernos no teníamos ni una silla que ofrecerle. Entonces usted se sentó a mi lado, sobre mi maleta, charló conmigo y me quedé muy consolado*". Carlos vivió desde el principio su vocación con un gran espíritu de fe, y atrajo a la Compañía, primero a Jorge Caillet, suizo, condiscípulo de seminario, futuro sucesor de Chaminade y segundo superior general; luego a Juan Chevaux, del Franco Condado, que sería tercer superior general; y finalmente a Benito Meyer, alsaciano, introductor de la Compañía en Estados Unidos (1849).

Hace su primera profesión el 22 de octubre de 1821, y al año siguiente, la perpetua (octubre 1822). Su primera misión como religioso marianista es la de capellán del noviciado de San Lorenzo, en Burdeos. En julio de 1823 forma parte del grupo que emprende el famoso viaje de la fundación en Saint-Remy. Allí, en el Franco Condado ejerce las misiones, primero de capellán y luego de maestro de novicios (1824). De 1826 conservamos una preciosa carta que le dirige el fundador con consejos para que Carlos vaya ganando en prudencia y sabiduría. En ella le ofrece Chaminade una oración para que le ayude: "*Dios mío, que no sea yo quien hable y quien decida en mí, sino tu Espíritu santo en mí*" (Chaminade. Lettres. II. 298. 13 Mayo 1826). Conservamos un testimonio de Benito Meyer sobre una curación milagrosa realizada por Carlos Rothea: "*En el Retiro de 1827, había un maestro que solo podía andar con muletas. Entró en la pequeña capilla, donde se encuentra actualmente el órgano, para confesarse con el P. Carlos. Al terminar la confesión, Carlos Rothea le ordena que deje las muletas y se marche andando normalmente, cosa que sucede inmediatamente*". G. José Chaminade, conocedor del hecho, le pide a Clouzet que lo comunique al obispado (Lettres II. Nº 441. 7 noviembre 1827). En 1829, al llegar Lalanne a Saint-Remy, Carlos vuelve a su tierra alsaciana, donde es nombrado director del colegio (primaria y secundaria) de Saint-Hippolyte. Entre 1836 y 1843 lleva la dirección, unas veces del colegio de Saint-Hippolyte y otras de Ebersmunster. El P. Chaminade le invita a ser más paciente con los religiosos, escuchar a todos, y organizarse mejor en su misión. De 1843 a 1852, otra vez en el Franco Condado: dirección de los colegios de Courtefontaine, Saint-Remy, y Orgelet. El P. Chaminade le prefiere trabajando más en la pastoral parroquial, colegial y del noviciado, que en tareas de dirección, donde ve que no es tan capaz.

Participó en el famoso Capítulo de 1845, celebrado en Saint Remy, celebrado con la oposición del mismo Chaminade, y en el que se eligió superior general al P. Caillet. Carlos Rothea sufrió mucho viendo las maquinaciones de Roussel y del Consejo general, y la situación difícil que estaba viviendo el fundador. Quiso hablar en el capítulo para denunciar la situación, pero lo hicieron callar. "*Yo tendría que haber abandonado el aula capitular como protesta*" le escribió más tarde a Chaminade. En 1852 es enviado a Realmont (Tarn), y nombrado superior provincial de la provincia de Midi, función que ejerce hasta 1859. En 1855 concertó con el P. Benito Meyer un plan para defender en el capítulo general de 1858, la memoria del P. Chaminade; pero como no fue elegido capitular, le encargó esta tarea al P. Lalanne. Le envió una carta para que la leyera en el aula capitular, pero a Lalanne no le dejaron leer esa carta. Delicado de salud, se retira a Burdeos, pero en 1861 todavía acompaña a la Administración general a París. Después de unos años, dedicado a la oración, muere en la capital francesa el 12 de marzo de 1868.

Decían de él que tenía la sensibilidad de un artista y la sencillez de un niño. Muy afectivo y cariñoso, trataba con mucha cordialidad a todos. Carlos Rothea tenía ya en vida, fama de hombre espiritual, en camino de santidad. Era verdaderamente un marianista de espíritu interior y de oración, un hombre de fe. Su lema era *"silere, ardere, lucere" (callar, arder, iluminar).* El rasgo más destacado en su espiritualidad era verdaderamente "*el espíritu de María*", que vivía personalmente y que convertía en misión a través de la predicación, los escritos, y la música; hizo vida el lema de Chaminade "*hacer conocer, amar y servir a María*". Cuando estaba en París en los últimos años de su vida, hacía lo mismo que el P. Chaminade en el noviciado de Santa Ana de Burdeos: rezar por el parque de la finca hasta la estatua de la Virgen. Un día le preguntó un hermano por el sentido de estas visitas a la imagen de María, y el P.Carlos le contestó: "*me dedico a las misiones: voy yendo en espíritu de una casa a otra, de una comunidad a otra, de la Compañía , pidiendo a María por las necesidades de todas y para que se muestre en ellas como Madre y haga reinar en ellas a su hijo Jesús*".

Mantuvo siempre una gran veneración con el fundador, a quien defendió continuamente incluso en los momentos duros de este, al final de su vida. Después de su muerte lo consideraba un santo. Esta postura de defensa del P. Chaminade le acarreó incomprensiones y por lo menos, indiferencia, ante las iniciativas que tomaba para reivindicar su figura y reconocer los errores y las injusticias cometida con el Fundador en sus años finales.

Muy inteligente y culto, sus "Cartas de dirección"(1857) están llenas del espíritu de la Compañía. Poco apto para la administración, como reconocía él mismo, dejó por todas partes el recuerdo de su entrega sacerdotal y marianista, y de su espíritu de fe. El P. Juan Chevaux no dudaba en llamarle "*una de las columnas de la Compañía* ". Según el P.Antonio Fidón, provincial del Franco Condado, eran Carlos Rothea y León Meyer, quienes representaban mejor el espíritu del Fundador.

Para confirmar esta convicción de Lebon, añadimos un momento de su vida y una carta importante y significativa: El texto más llamativo de su biografía pudiera ser la carta que dirigió al P. Juan Chevaux, precisando cuál era la verdadera doctrina del P. Chaminade, "corrigiendo" las palabras del P. Caillet en una circular que este había enviado y en las que se hablaba de María.

La carta, del 30 enero 1846, tres meses después de la elección de Caillet como nuevo superior general (y de Chevaux como primer asistente), es importante por ser el primer y único documento sobre el tema, de un discípulo de Chaminade, y merece la pena ser transcrita íntegramente. Hay que tomar conciencia de que el P. Chaminade vive todavía, y que Carlos está testimoniando el espíritu del fundador, espíritu de la Compañía, cuando el mismo fundador no puede expresarse, no solo por su salud, sino por su aislamiento por parte del Consejo general.

"Querido P. Juan: He leído con mucho gusto la circular (de Caillet). Debo expresarle con toda sencillez cuál es mi parecer. Hablando del carácter distintivo de la Compañía de María se lee en ella que es el amor por la Santísima Virgen. Ante todo quiero decirle a nuestro venerable y nuevo Superior General que me ha encantado escuchar que se habla de nuevo sobre este amor a María. Hacía mucho tiempo que no se hablaba así. Pero el espíritu de la Compañía de María no consiste propiamente en el amor a nuestra augusta Madre. Se me dirá que así está escrito en nuestra santa Regla, sobre todo en los artículos que hablan del Postulantado y Noviciado. Yo considero más característico lo siguiente: gracias a la solicitud materna de María debemos ser cada vez más semejantes a Jesucristo. (Carlos Rothea se sitúa así en los artículos 4 y 5 de las Constituciones primitivas, verdadera página clave de la Regla, y núcleo del pensamiento mariano y cristológico del Fundador; la misma doctrina vuelve a aparecer precisamente en el art. 308, al hablar de la dirección del Noviciado). *Es de capital importancia promover el verdadero espíritu de la Compañía de María. ¿Y en qué consiste? ¿Cuál es? El Buen Padre siempre ha respondido a esto diciendo que es el espíritu interior de María, el espíritu de fe. De hecho, cuando Jesús ha querido precisar en qué consistía la felicidad de su madre, a la mujer que le gritaba "Dichoso el vientre", no ha destacado la alta dignidad de ser la madre de Dios sino la fe de su madre: Dichosos más bien los que oyen la palabra de Dios… La virtud característica de la Compañía es por tanto la fe, o el espíritu de oración, junto con la devoción a María. Esto se muestra en las Constituciones y responde a los desafíos de un mundo no creyente. Los superiores mayores, por tanto, deben ser los vicarios de María, y como Ella, preocuparse de hacer de nosotros otros tantos Jesús. Pero ¿es bien visible en la Compañía y en sus obras el espíritu interior, el espíritu de fe? ¿No ha sido a veces sustituido el espíritu interior, por la ciencia, la discusión, los litigios y la disipación? La Santa Virgen no se ha dado a conocer con gestos extraordinarios, no ha*

buscado distinguirse, hacerse notar, etc. "Callar, arder, iluminar". Debemos brillar como Jesús y María, por el fulgor de nuestra virtud, con una vida completamente inmersa en Dios: laboriosa, ordinaria, oscura, interior, con fe. Pido perdón por atreverme a hablarle así, pero el amor por María y por su hermosa familia me hace hablar de esta manera…" ("Escritos de Dirección". Vol III. nº 714-717). Este fue Carlos Rothéa, una de las figuras más representativas de los orígenes. Si Lalanne fue el discípulo clave de Chaminade en el origen bordelés de la Compañía, Carlos puede simbolizar el espíritu chaminadiano en las nuevas fundaciones del nordeste francés.

BENOIT MEYER (1815-1894)
Una activa vida de fundaciones, gobierno y vida espiritual

El P. Benito Meyer, nacido en Eguisheim el 19 de marzo de 1815, era hermano del P. León Meyer, que introdujo la Compañía en América, y 15 años más joven que él. Hacia mitad de 1827, cuando el joven Benito llegó a la edad de 12 años, el párroco de Eguisheim dice a sus padres que debe prepararse para su primera comunión. Con gran sorpresa de todos, el niño responde que no quiere hacer este importante acto en Eguisheim y que necesita un ambiente más recogido. Como persiste en esta idea, su hermano León, entonces capellán del Hospital de Estrasburgo, le hace venir junto a él y lo confía a los cuidados de uno de sus amigos, el P. Mühe, que pasó toda su vida en las humildes funciones de vicario de la catedral y murió allí en olor de santidad. Un día que Benito había ido a la catedral, antes de la hora del catecismo, un sacerdote sale de la sacristía para decir la misa en el altar de Nuestra Señora de los Siete Dolores. El niño se acerca al altar, oye devotamente la misa y, en la elevación, se ve embargado por un pensamiento que ya no le abandona nunca: ¡Tengo que ser Hermano de María! De vuelta a casa, Benito comunica a su hermano su voluntad decidida. Pero ¿quiénes son los Hermanos de María?, ¿y dónde encontrarlos? Benito conoce al sr. Enderlin, director de la pequeña escuela de Ammerschwir, y eso es todo. Aparece el P. Mühe: el año anterior se encontró con el P. Chaminade, de paso para Estrasburgo, y de él supo la existencia del internado de Saint-Remy. León lleva a su hermano a Saint-Remy. El P. Rothéa lo recibe y Benito reconoce en él al sacerdote cuya misa oyó en la catedral de Estrasburgo. (Según los Recuerdos del señor Benito Meyer, 1892).

Benito hizo sus estudios en Saint-Remy bajo la dirección del P. Lalanne, en calidad de postulante, y emitió sus primeros votos en 1833 en Courtefontaine, donde pasó, bajo la dirección de su hermano los primeros años de su vida religiosa. En 1839 formó parte de la comunidad que abrió la casa de Friburgo. Dos años después, el B. P. Chaminade le envió a Besançón para seguir los cursos del seminario y prepararse al sacerdocio, que recibió en 1844. Durante su larga carrera, el P. Benito Meyer llevó una vida de las más activas en diversas casas de la Compañía: dirigió los internados de Courtefontaine y de Saint-Remy, fundó el establecimiento de Estrasburgo (1844), abrió en París la institución Sainte-Marie de la calle Bonaparte (1852), que iba a fusionarse con el pequeño colegio Stanislas, después la institución Sainte-Marie de la calle de Berry (1856), que se trasladaría a la calle de Monceau (1863), creó en Cannes el instituto Stanislas (1866); estuvo igualmente al frente de las casas de formación de Réalmont, de Ebersmunster y de Burdeos, y ejerció finalmente las funciones de Provincial del Midi (1849-1852) y de Alsacia (1860-1862). Pasó lo años de su ancianidad en Ebersmunster (1881), y después, tras la venta de Ebersmunster a las hermanas de San Marcos, en Saint-Hippolyte (1889), en medio de los religiosos retirados de la provincia de Alsacia: allí se apagó dulcemente el 9 de enero de 1894.

El P. Benito Meyer tenía un porte espigado, una bella prestancia, maneras dignas, unidas a una gran afabilidad. En su vida religiosa era un hombre de fe y de regla, como su hermano León, en cuya escuela se había formado; como él, tenía también un verdadero culto por el P. Chaminade, con quien trató en varias ocasiones y sobre el cual dejó recuerdos preciosos. Del B. P. Chaminade conservaba su tierna piedad hacia la Santísima Virgen. «*Me impresionó, escribía él a sus muchos años, el interés que puso el Buen Padre, en su visita a Saint-Remy en 1829, en tener varias entrevistas con cada uno de los postulantes, incluso conmigo, el más joven de todos. Sobre todo una larga conferencia del Buen Padre sobre la Santísima Virgen me impresionó y me quedó profundamente grabada en la memoria y el corazón. Comparaba a la Santísima Virgen con Rebeca, poco más o menos como acabo de leer en la Verdadera devoción del Venerable L. M. Grignion de Monfort. Hay que pedirle a ella, nos decía, que nos asee y nos revista con los vestidos de su Hijo, es decir, con la semejanza de Jesucristo, para presentarnos al Padre eterno. Esta idea me ha servido toda la vida, y casi nunca, antes de la comunión, y más tarde antes de*

la misa, me he olvidado de decir: ¡Oh Virgen María, madre Inmaculada, muy humilde, muy dolorosa, muy gloriosa, suple todo lo que me falte!».

LEON MEYER (1800-1868).
Fundador de la SM en Estados Unidos. Memoria viva del Carisma

Para esta nota biográfica, se ha utilizado el texto de Lebon y se ha ampliado con la Historia de la Compañía de María.

El P. Leon Meyer se ha significado en la historia marianista por dos motivos: haber sido el fundador de la Compañía de María en Estados Unidos (1849) y ser uno de los mejores representantes de la memoria y defensa del espíritu fundacional, al mismo tiempo que discípulo formado por el mismo Chaminade. León nació en 1800 en Eguisheim, pequeño pueblo cercano a Colmar, en el seno de una familia de costumbres patriarcales que dio casi todos sus hijos a la Iglesia. Los primeros años como estudiante los pasó en Luxeuil, Vesoul y luego en Estrasburgo. Es ordenado sacerdote en 1823 y nombrado capellán del hospital de Estrasburgo. Sin embargo, desde hace años, la llamada a la vida consagrada, está en lo más hondo de su ser: muy joven todavía, había intentado ingresar en el Cister, aunque su padre le había pedido que esperara. Incluso una vez ordenado sacerdote, soñaba entrar en la Compañía de Jesús. Así, después de tres años solicitándolo, obtuvo de su obispo la autorización. Marchó entonces hacia Friburgo (Suiza), donde estaba el noviciado jesuita. Pero Dios le esperaba en el camino para cambiar sus planes. Quería detenerse en el colegio de Saint Remy para preparar, en este centro educativo marianista, el ingreso de su hermano Benito. Nada más llegar, se estaba celebrando una de las tandas de Ejercicios para maestros, y el P.Carlos Rothea le pide que le ayude. Pasa unos meses en Saint Remy que son decisivos para reorientar su vocación. Y al continuar el viaje, cambia de dirección: en vez de seguir hacia Friburgo, emprende el camino hacia Burdeos, donde G.José Chaminade le inicia en la Vida consagrada marianista. Tras su año de noviciado en San Lorenzo, el 20 de octubre de 1828, hace su profesión definitiva "*con el corazón inundado de alegría*". Tras un segundo año pasado en Burdeos junto al fundador, regresa a Saint Remy, donde desempeña los servicios de profesor y capellán (1829).

A continuación pasa a dirigir la casa de Courtefontaine (1833), antigua abadía en el Franco Condado, regalada por su propietaria a la SM. En este lugar desarrolla una inmensa labor como superior y maestro de novicios, pero será la parroquia la que absorberá la mayor parte de su tiempo. De este momento tenemos algunos testimonios sobre la influencia espiritual y el carisma de fe curativa de León. El significativo 1839, año del "*Decreto de Alabanza*" y de la famosa "*Carta a los predicadores de Ejercicios*" (24 de agosto), lo vive allí, donde se predica una de las diez tandas, encargadas por el P. Chaminade para inculcar a todos los religiosos el espíritu de la Compañía, tal como le había pedido el papa. Se cuenta que uno de esos días (que estaba predicando Perrodin), tras una solemne celebración en la capilla, el P. León Meyer dejó sobre el altar la "Carta a los predicadores", carta magna del carisma marianista, a la vista de toda la comunidad y de los novicios. Uno de los religiosos, Andrés Fridblatt, estaba atormentado por muchas dudas de fe, y tras escuchar la lectura de la carta, en medio de una extraña inmovilidad, se sintió tocado por la gracia y cambió totalmente en su interior. En Courtefontaine realizó importantes construcciones sin necesitar el dinero de la Compañía: tal como se hizo famoso en él, sobre todo en la fundación de Estados Unidos, "interesaba a San José" en la operación, y este nunca le fallaba. El dinero necesario venía en forma de donaciones, estilo de financiación que se haría ya normal en Estados Unidos y que es una forma de solidaridad y de preocupación social típicas en la actualidad, en las sociedades norteamericana y latinoamericana. A continuación es nombrado director de la casa alsaciana de Ebersmunster (1843), también una antigua abadía, que compró la familia Rothea y que regaló a la Compañía.

Los contemporáneos decían que, entre los discípulos de Chaminade, Leon Meyer era quien representaba mejor el espíritu del fundador. De hecho, después de haber sido formado por Chaminade en la vida religiosa, no cesó de mantener con él una correspondencia llena de mutua confianza. Concretamente conservamos diecisiete cartas de dirección espiritual, en las que se tocan temas diversos: oración, vida de fe, unión con Dios, María, los silencios, abandono a la acción del Espíritu Santo… De algunas de ellas solo conservamos un trozo. Así le guiaba Chaminade a León: *"Renuévate sin cesar mi querido hijo; lleva una vida verdaderamente interior en medio de todas tus ocupaciones; llega a ser un hombre de oración. Yo te repito el consejo de San Bernardo al papa Eugenio, que había sido su discípulo: "Concha esto et non canalis" (sé*

una alberca y no un simple canal): la piscina da de su abundancia; en cambio el canal da todo lo que recibe, pero se queda siempre seco" (4 noviembre 1836.Chaminade. Lettres IV 895). En otra ocasión, Chaminade le recuerda que María está a nuestro lado, en la misión, aunque haya problemas: "*La Santísima Virgen, nuestra augusta madre, nos hace triunfar en los asuntos más difíciles y espinosos. Trabajemos con celo, formémosle personas que Ella pueda adoptar como hijos*" (8 marzo 1837.Lettres IV. 944). Y en esta, le invita a vaciarse de sí y entregarse a Dios por entero: *"Siento, querido hijo, que ya es hora de que tu alma se agrande para no arruinar la obra de Dios con ideas mezquinas o sentimientos débiles…"* Las cartas de Chaminade eran siempre para León un motivo de formación y crecimiento espiritual. En ellas, es consciente de que está en contacto con el carisma fundacional. Así le escribe León al fundador el 6 de enero de 1837: *"Su larga carta nos ha gustado mucho. Siempre que recibo una de ellas me proporciona materia para nuestras reuniones. No veo mejores medios que ellas, para transmitir el espíritu que le anima y le dirige a Vd, y que debe animarnos y dirigirnos a todos nosotros. Me propongo transcribir en un cuaderno todas las reflexiones espirituales que Vd ha tenido la bondad de dirigirme" (Chaminade. Lettres IV.921).* Una carta típica que manifiesta no solo el corazón de Meyer en la relación discipular con Chaminade, sino su profunda vida espiritual, es la que Meyer escribe al fundador desde Courtefontaine a otra que Chaminade le ha enviado 13 de enero de 1838: *"Leyendo sus últimas cartas, he experimentado una cierta emoción por las amonestaciones que Vd me ha dirigido, y mi amor propio se ha sentido un tanto herido; pero la calma me ha llegado enseguida, y aunque he pensado que podía fácilmente justificarme, he preferido sentirme bien con el hecho de que Vd haya querido decirme con franqueza lo que le disgustaba de mi conducta: es la mejor prueba de su bondad y de su amor hacia mí. Yo le ruego que continúe esa práctica bondadosa de indicarme en sus cartas mis defectos y las meteduras de pata en que he podido incurrir. Usted me dice que yo busco contradecirle, siguiendo más bien mis ideas. Pero Buen Padre, yo creería faltar a mi deber dejándole con esta persuasión. Siempre me acuerdo de una cosa que Vd me dijo un día en Burdeos: "aunque estemos separados por doscientas leguas de distancia, es preciso que estemos en comunión de pensamientos". Yo estaría muy disgustado de experimentar el menor sentimiento que fuera opuesto al suyo"(Chaminade. Lettres.IV. 1022).*

"Nazaret". La fundación de la SM en Estados Unidos. Las universidades marianistas.

Recién ordenado sacerdote, en su etapa como capellán del hospital de Estrasburgo, había tenido la visita de Isabel Eppinger, que vivía en Niederbronn, y que luego sería la fundadora de la congregación del Santo Salvador. Esta mujer tenía fama de poseer el carisma de profecía, y hablando con León Meyer le dijo: *"Estás llamado a ser un sacerdote fiel a María. En dos meses dejarás este trabajo como capellán del hospital, para seguir tu vocación y para atravesar los mares".* Esta profecía parecía anunciar que efectivamente, a través de León, la SM atravesaría el Atlántico para hacerse presente en América por primera vez. La vocación misionera estaba ya puesta como semilla en el corazón de León.

A finales de 1848, el P.Clement Hammer, párroco de la Santísima Trinidad de Cincinatti, con ocasión de un viaje por Europa, tuvo ocasión de conocer a los religiosos marianistas, y constatar el bien que hacían en los colegios alsacianos. De regreso a Estados Unidos, y

queriendo procurar a su parroquia un empuje misionero parecido, habló con el misionero jesuita P. Wenninger, quien ya conocía a la SM en Friburgo, y que le animó a continuar con el plan. Este se materializó al contactar Wenninger con Siegwart-Muller, antiguo alcalde de Lucerna, y ahora exiliado en Francia, quien hizo llegar a Caillet la petición de que la SM fundara en Cincinatti. El mismo obispo de esta ciudad escribió solicitando la fundación.

En 1848 León Meyer escribía al P. Juan Chevaux, que entonces era primer asistente de la Compañía: "*Le ruego que me envíe a América como Moisés envió en su tiempo a Josué y Caleb a la tierra prometida, para examinar el país. No creo que haya nada contrario a las intenciones del buen Dios. No tiene Vd mas que asignarme uno o dos compañeros y partiré. Me parece que ha llegado el momento de actuar*". El 28 de abril de 1849, el P.Jorge José Caillet, superior general, le enviaba la carta de obediencia, donde le enviaba a América: *"Querido hijo: el momento marcado por la divina providencia parece haber llegado. Todo nos lleva a creer que el Señor llama a la Compañía a extender en el Nuevo Mundo la bondad de la educación cristiana, con el conocimiento y amor de María (…). El consejo ha sido unánime al expresarse favorablemente sobre la proyectada fundación en Cincinatti, y ha puesto los ojos en usted, querido hijo, para el importante cargo de superior de la primera comunidad (…)".* Un mes después, el 28 de mayo, el P. León Meyer embarcaba en Le Havre, "puerta oceánica" de Francia y también de la Compañía, hacia la tierra americana. Era el primer viaje de la SM fuera de Europa. Meyer llegaba a Nueva York el 4 de julio, después de 38 días de travesía, y a Cincinatti, "la Roma de América", el 10 de Agosto.

Al llegar a esta ciudad, se presentó al obispo de aquella diócesis, que lo envió inmediatamente a atender a los enfermos de cólera en la ciudad de Dayton. Desde allí le escribió al P. Caillet para que le enviara otros cuatro religiosos, al mismo tiempo que le pedía que transmitiera un caluroso saludo al P. Guillermo José Chaminade. Al fundador le quedaban en ese momento cuatro meses de vida; los últimos años habían sido muy duros, pero había tenido junto a él a religiosos que no le abandonaron nunca, como es el caso de León Meyer.

En Dayton se ganó León Meyer el afecto de mucha gente por su generosa dedicación a los enfermos. Apenas se presentó la ocasión, sin consultar a nadie, adquirió en esta ciudad, una gran propiedad (Dewberry Farm), dando como fianza al propietario (John Stuart) una medalla de san José y diciéndole: *"No tengo el dinero necesario, pero este le pagara todo".* Inexplicablemente, con la ayuda del santo, en un año, encontró todo el dinero necesario para comprar la finca. A la nueva casa, le puso el nombre de "Nazaret": se convirtió en la casa madre de los marianistas en Estados Unidos.

Universidad marianista de Dayton (USA),
con la histórica capilla de la Inmaculada (1858), memoria de la fundación.

El día de San Francisco Javier, patrono de los misioneros, llegaron los cuatro religiosos que había solicitado: Juan Bautista Stintzi, Maximin Zehler, André Edel y Damián Litz. La primera misión marianista fue la humilde escuela de la Trinidad, en Cincinatti. En Dayton se abrió una escuela de agricultura, sobre el modelo de la que funcionaba en Saint Remy, después un postulantado y un noviciado. La Compañía comenzó a expandirse a marchas forzadas gracias a los trabajos de Juan Bautista Stintzi (1821-1900), que primeramente fue superior en Cincinatti,

luego en Cleveland, Dayton y Rochestar, para llegar a ser el primer inspector provincial de "América". Dejó en América un gran recuerdo de santidad. Maximin Zehler (1826-1892) consagró su vida a la gran obra del Colegio Santa María, de Dayton, que se convertiría inmediatamente en la floreciente Universidad de ese nombre (la primera de las universidades marianistas. Murió a los 66 años, con la gratitud de las varias generaciones de alumnos que había formado.André Edel (1813-1891) fue el fundador de las misiones marianistas en Texas: en mayo de 1852 dejaba Nazaret, descendía el Missisipi, hasta Nueva Orleáns, y desde ahí llegaba a Galveston y a San Antonio. El instituto de San Antonio se convertiría en el otro gran centro educativo de la SM en Estados Unidos, convertido también en la "Universidad Santa María". Allí pasó muchos años, antes de volver a morir en la casa "Nazaret". Damian Linz (1822-1903) fue un marianista polifacético, que lo mismo trabajaba como artesano que como profesor o periodista. Muchos artículos salieron de su pluma en los que dejó su testimonio de educador y religioso. Tras estos cuatro pioneros enviados por la SM francesa, llegaron más, y poco a poco fueron relevados por las numerosas vocaciones que empezó a dar Estados Unidos, convirtiéndose históricamente, con el correr del tiempo, en el segundo país del mundo en número de religiosos marianistas.

León Meyer encontró resistencias en el párroco y en el vicario episcopal de Cincinatti, ya que no veían con buenos ojos la rápida e irresistible expansión de la Compañía. Incluso el vicario le llegó a ofrecer una de las mejores parroquias de la diócesis si abandonada la Compañía. Estas dificultades se las comentaba por carta al P. Juan Chevaux: *"Estoy encontrando muchas dificultades. El demonio no quiere absolutamente saber nada de la Compañía en América, y yo habría hecho ya el viaje de vuelta a Francia si no me hubiera sostenido la palabra de la vidente de Niederbronn. Gracias a Dios no me he descorazonado ni un instante"* (16 febrero 1851). A estas contrariedades de los hombres, se les unió las de los accidentes: la noche del 26 al 27 de diciembre de 1855 un incendio arrasó la casa de Nazaret. León Meyer fue el primero que se levantó y logró evitar daños personales. Los postulantes fueron alojados en casas de los vecinos, salvo uno, Nicolás Nickels, que no consintió en marcharse. Se quedó con la comunidad y con el correr del tiempo se convirtió en el primer Maestro de novicios de la provincia americana.

León Meyer, con la ayuda de San José, no solo logró reconstruir en breve tiempo la casa de Nazaret, sino que fundó todavía una docena de escuelas. Tras la fundación en Texas, envió a los marianistas a la región de los Grandes lagos: era la fundación de Cleveland (1856). Y continuaba siendo un ejemplo asombroso de "economista josefino: En 1854 le escribía Cluozet y le decía: *"Miro tus cuentas y la verdad es que no tengo nada que comentarte; parece que tienes a San José de cajero*". Meyer contestaba siempre: *"La verdad es que no llevo cuentas con San José".*

En 1855 fue nombrado superior provincial de Ohio. Iba a ser su último servicio a la naciente Compañía de Estados Unidos. En 1858 erigió una capilla en "Nazaret", encontrando el dinero para hacerla, lógicamente a través de San José. La puso bajo la advocación de María Inmaculada, colocando una estatua de la Virgen con la inscripción: "Ave María, gratia plena". La capilla de la Inmaculada es hoy el lugar sagrado de nuestros orígenes en la Universidad marianista de Dayton, y fue la portada del libro conmemorativo de los 150 años de la Universidad *("University of Dayton. 1850-2000. From Nazaret to the New Millenium")*. En 1943 los Marianistas, con objeto de conmemorar su llegada a Estados Unidos (1849), y el nacimiento de su Universidad (1850) proyectaron la creación de una biblioteca mariana, que fundaron con el título que actualmente conserva "Marian Library", y que se ubicó en una sala de Saint-Mary's Hall. Debido a su expansión, ya en 1971 se trasladó a la biblioteca de la Universidad. Es una de las bibliotecas marianas más importantes del mundo.

León Meyer sentía en 1859, solo diez años de su llegada a América, que había cumplido su misión y debía dejar esa tierra: *"En cuanto a mí, comienzo a estar cansado. Mis diez años en América me han envejecido veinte. Mi espíritu está agotado, y todo lo que le puedo decir al buen Dios es esto: Dios mío, te quiero, y quiero amarte cada día más; no deseo otra cosa más que cumplir tu voluntad. Me abandono enteramente a ti. No quiero pensar, decir y hacer más que lo tú quieras".* El 25 de marzo de 1860 escribía estas líneas significativas a sus superiores de Francia: *"El año 1850, el 19 de marzo he celebrado por primera vez, la santa misa en Nazaret: han pasado ya diez años. Cada diez años, los obispos americanos dan cuenta de su gestión al soberano pontífice. Yo estaría dispuesto a dirigirme al lugar que me asignaran para mi retiro. La Compañía de María ha echado raíces en América. Es preciso seguir con esfuerzo la obra emprendida, pero yo creo que mi misión ha terminado y otros deben retomar mi puesto. Me pongo a vuestra disposición. No teman contrariarme, sea lo que sea el nuevo trabajo. Estoy dispuesto a ir a donde me envíen."*

Antes de tomar esta decisión, el P. Caillet juzgó prudente enviar a Estados Unidos un visitador. Era el año 1862. El P. Jean Courtés, que fue el segundo provincial de "América", se encargó de esta misión; dio cuenta de lo que había visto sobre la marcha de la SM en Estados Unidos y le pareció oportuna la petición de Meyer de volver a Francia.

La vuelta a Francia. Últimos años. Memoria viva de Chaminade

León Meyer dejó América en Noviembre de 1862, cuando la provincia que había fundado contaba ya con sesenta religiosos, y ejercía su misión en dos colegios y diez escuelas parroquiales. Volvió a Europa con John Baptiste Kim, un postulante que deseaba aprender francés en Francia. León pasó algunos meses de descanso, en cuyo tiempo leyó "La dignidad y santidad sacerdotal" (conocido como "La selva") de San Alfonso María de Ligorio, un libro que le había regalado el P. Chaminade. En los años siguientes continuó preocupándose de las misiones americanas, con la construcción de la casa de Kembs, que iba a ser a la vez un orfanato y un noviciado para formar a los religiosos obreros que irían a trabajar a la Escuela agraria de Dayton. En 1863 leyó el "Pequeño tratado de la oración mental" del P. Juan Chevaux, pero no lo aprobó. En una carta (4 octubre 1864), le escribía al autor, primer asistente general de la SM: *"Te aseguro que me he quedado decepcionado de no haber encontrado en tu libro el método de iniciación a la Meditación del Credo del P. Chaminade".* Comentarios como este o como la famosa carta de Carlos Rothéa sobre el "espíritu de la Compañía" (30 enero 1846; cf. Biografía de Carlos Rothea), son una prueba de cómo el espíritu fundacional estaba bien arraigado en una serie de marianistas de la primera generación, que no dudaban en "corregir" los textos o pensamientos de otros hermanos, aunque estos fueran nada menos que los dos primeros superiores generales de la Compañía (Caillet o Chevaux). La vida y la espiritualidad marianista le deben así mucho a quienes fueron, no solo apoyo a la persona de Chaminade, sino transmisores y memoria viva del espíritu fundacional.

En estos años se vio aquejado de una enfermedad en una pierna. Los médicos aconsejaron una cauterización, pero León la rechazó. En 1866 se le concedió un viaje de peregrinación a Roma. En esta estancia, demostró una vez más su espíritu pionero y su disponibilidad de fundador. Paseando por la ciudad, concibió una idea que comunicó rápidamente al P. Caillet: *"Considerando la situación actual de la SM, pienso que sería útil tener una comunidad en Roma. Yo estaría dispuesto a abrir una escuela".* Naturalmente la propuesta no fue aceptada. La fundación en Roma llegaría, sin embargo, veinte años después (1887). Vuelto a Francia tuvo la alegría de enterarse de la noticia de la profesión de Jean Baptiste Kim. Este sería luego el segundo inspector de "América" e inspector general de la SM. También contempló con satisfacción que el Noviciado de Kembs tenía 90 novicios dispuestos a ir a Estados Unidos. Se encontró con el P. Carlos Rothéa, y ambos se lamentaban del olvido al que estaba sometida la memoria del P. Chaminade. Enfermo, se retiró a Saint Remy, donde murió el 30 de enero de 1868.

Una espiritualidad netamente marianista en un hombre entregado a Dios y a los demás

La memoria que la Compañía de María tiene de León Meyer, no solo en Estados Unidos, sino en todos los lugares y personas que le han conocido, hacen de él un modelo de seguidor de Jesús en la Vida Consagrada. Hombre de Dios y sacerdote entregado a su ministerio, era cercano a la gente, volcado con los pobres, misionero dispuesto a ir a donde Dios pidiera. Su vivencia de los consejos evangélicos era legendaria: pobre con los pobres, con un corazón lleno de amor y liberado, disponible para la misión en la Compañía. Su identificación con el fundador por lo que este era y por lo que representaba, le llevó a identificarse cada vez más con el "espíritu de María", que es el de la Compañía. Todos los contemporáneos han sido testigos de esa unión suya con Chaminade y con el espíritu fundacional.

JEAN BAPTISTE ROMAIN (1789-1853)
Un sacerdote que se alimentaba de la Sagrada Escritura

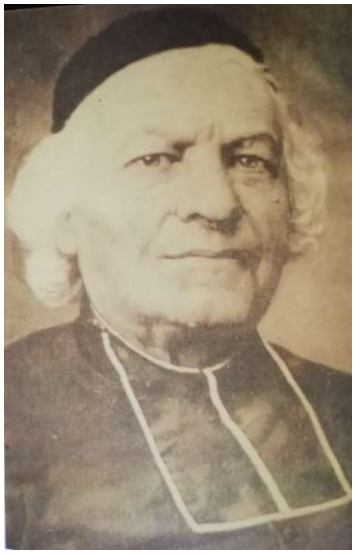
El P. Juan Bautista Romain, nacido en Fouchy, Alsacia, había ejercido su ministerio en varias parroquias de la diócesis de Estrasburgo, «dando los más hermosos ejemplos de la virtudes sacerdotales y cumpliendo todos los deberes de un buen pastor» (Cartas dimisoriales del 10 de mayo de 1823), cuando se decidió a entrar en la Compañía de María. Trabajó en Saint-

Hippolyte, en Burdeos y en Cordes, donde murió, dejando el recuerdo de un sacerdote muy piadoso, amigo del retiro, que hacía de la sagrada Escritura su alimento habitual.

GEORGES CAILLET (1790-1874).
Sucesor del fundador. Segundo Superior general

Esta nota biografíca que Lebon escribe sobre Caillet está todavía marcada por el velo oscuro que la admirable biografía del Fundador de Simler colocó sobre los últimos años de tensión entre el P.Chaminade y el Consejo: pretender salvar a todos, es no contar la verdad de lo que ocurrió. Así Lebon afirma: "Caillet fue elegido Superior general en el Capítulo de 1845, y tuvo, porque Dios lo permitió así, puntos de vista contrarios a los del venerado Fundador". *Cuarenta años más tarde, el P.Vasey aclararía la verdad en su obra "Últimos años del P.Chaminade" y situaría con claridad el papel que jugó cada uno. Se rehabilitó la figura menospreciada del Fundador, y enaltecido su carisma.*

El P. Jorge Caillet nació en 1790 en Porrentruy (Suiza), en una familia de costumbres patriarcales. Fue atraído a la Compañía, siendo ya sacerdote, por el P. Carlos Rothéa, su amigo y condiscípulo de Seminario (1822). Tras su profesión perpetua (1823), el P. Caillet fue llamado a Burdeos y, bajo la guía del Fundador, iniciado en las obras de celo cuyo centro era la Magdalena: confesión, predicación, dirección de los congregantes, de las Damas del retiro, de la Religiosas de la Misericordia, de las Hijas de María, de las Carmelitas, en Burdeos y en la región. Así se desarrollaron los veinte primeros años de vida religiosa del P. Caillet. Como consecuencia de esta situación, se creó una intimidad muy grande entre él y el Fundador: en algunas ocasiones, el P. Chaminade le confiaba las misiones más importantes, como la de organizar en Saint-Remy la obra de los Retiros y las Escuelas normales de maestros (1824), y la de negociar con el Gobierno el reconocimiento legal de la Compañía (1825). Cuando el P. Chaminade se alejaba de Burdeos, como durante sus viajes de 1826, 1827, 1829 y sobre todo durante su larga ausencia de 1831 a 1836, era el P. Caillet quien lo reemplazaba en la Magdalena. Debido a estas relaciones prolongadas, nadie, según el P. Chevaux, conocía a fondo al Fundador como el B. P. Caillet, y él mismo no temió, en la reseña que le dedicó, hablar de esos «desahogos de intimidad en que nuestro venerado Padre nos revelaba –dice él– las grandes cosas que Dios había hecho para él y por él».



Nombrado Jefe general de celo en 1833, fue elegido Superior general en el Capítulo de 1845, y tuvo, porque Dios lo permitió así, puntos de vista contrarios a los del venerado Fundador. Fue para ambos una prueba cruel, destinada, sin duda, a consumar la obra de santidad del P. Chaminade. «Yo sentía por la persona del Buen Padre –decía más tarde el P. Caillet– tal afecto que, recorriendo en mi mente todos los sufrimientos a los que podría estar yo sometido, no veía ninguno más cruel que el de estar en desacuerdo con él». Cuando llegó la última hora, Dios hizo

cesar la prueba, y el B. P. Caillet, de rodillas a los pies del Fundador, recibía, para él y para la Compañía, su última bendición. El largo generalato del P. Caillet (1845-1868) estuvo marcado por un esfuerzo constante en fortalecer y completar la obra del Fundador: a este fin se dirigieron sus numerosas circulares, recordando con fuerza los principales puntos de la Regla; con este objetivo se celebraron los Capítulos generales de 1858, 1864, 1865 y 1868, que desembocaron en la redacción de las Constituciones de 1869. Durante este tiempo pasó el Buen Padre por pruebas dolorosas, relativas a la organización de la Compañía de María, y tuvo también otros grandes consuelos, como la aprobación de la Compañía por el Breve de 1865. Fue bajo su generalato cuando la sede de la Administración general se trasladó de Burdeos a París (1861).

Después del Capítulo General de 1868, el B. P. Caillet vivió retirado, cerca de su sucesor, el B. P. Chevaux, que lo rodeaba de las más afectuosas y filiales atenciones, llevando una vida de oración, y dando, hasta el final, los ejemplos más edificantes de las virtudes religiosas. «Todo el mundo sabe –escribía el B. P. Chevaux– que llevaba hasta los últimos límites la exactitud, la puntualidad y la regularidad en su vida diaria: esta fidelidad la ha seguido hasta el término de sus días, y todos los que han sido testigos de ello guardarán ese saludable recuerdo». No era menos admirable en su espíritu de obediencia. «Hasta en su última enfermedad, y para las mínimas cosas que se le proponían, tenía una respuesta invariable: "Hay que ver primero lo que piensa sobre esto el B. P. Chevaux". Y cuando se le insistía diciendo que el Buen Padre quería todo lo que pudiera aliviarle: "No, insistía a su vez, no debo y no quiero hacer nada sin el parecer del B. P. Chevaux: es mi Superior"». El 18 de agosto por la mañana, el B. P. Caillet recibió todavía la comunión: hacia el mediodía, casi sin agonía, entregó dulcemente su alma a Dios.

El B. P. Caillet era «un hombre sencillo, recto y temeroso de Dios». «No tiene grandes luces ni mucho mundo –decía de él el Fundador–, pero es un hombre lleno de fe y de buen juicio». «Era un hombre recto y de una pieza –dice también uno de los religiosos que mejor lo conocieron–, consciente de su responsabilidad y de su deber, pero mediocremente dotado de la flexibilidad necesaria para el gobierno de los hombres». Era sobre todo un hombre de una gran fe, digno hijo en esto del Fundador, que lo había recomendado como «un hombre de oración» a las Damas de la Misericordia. Heredó como patrimonio más precioso la piedad filial del Fundador para con el «glorioso san José», y sobre todo para con «la augusta y divina María», y en una serie de circulares animadas de un ardiente entusiasmo, transmitió fielmente ese depósito a sus sucesores: «Afirmo –escribe en su circular 67– y repito con toda la energía de mi alma, con toda la profundidad de mis convicciones, que el religioso de María no podrá llegar al noble fin de su vocación, su santificación, la de sus cohermanos y la de las almas confiadas a sus cuidados, más que por el poderoso, único y universal medio de una devoción especial para con María».

PIERRE GALLIOT (1798-1872)
La fuerza se recibe en la oración

El señor Pedro Galliot, nacido en Chemaudin, Doubs (Franco Condado), fue uno de los primeros postulantes que entraron en Saint-Remy (1823). En su larga carrera religiosa, fue profesor, director, y ecónomo sobre todo, en las casas del Franco Condado y Alsacia, principalmente en Saint-Hippolyte, Courtefontaine y Marast. Fue el fundador y organizador de Marast, donde murió. Dejó el recuerdo de un religioso sólido, bueno, franco, fiel, entregado en cuerpo y alma a la Compañía, no asustándose ni turbándose nunca ante las dificultades, firme en sus principios, de un profundo espíritu de fe, de una gran confianza sobre todo en la Santísima Virgen. Dios puso el sello a su santidad probándolo, durante sus últimos años, con una larga y cruel enfermedad, en medio de la cual nuca se oyó una queja de sus labios: buscaba su fuerza en la oración y se ofrecía en sacrificio.

PIERRE GOBILLOT (1803-1881)
"Saltará el cojo como un ciervo" (Is 35,6)

D.Pedro Gobillot, fue admitido en la Compañía y realizó las esperanzas que el Fundador tenía en él. Nació en Marast, cerca de Saint-Remy; entró en el noviciado de San Lorenzo el 15 de octubre de 1825. Religioso de gran espíritu de fe y de unión profunda a la Regla. En varias ocasiones realizó la función de director y pasó gran parte de su vida en las casas de formación. Incluso estuvo al frente del noviciado de San Lorenzo en 1827-1828, y en esta época ocurrió el

hecho que narra el señor Silvain en sus Memorias: «Un día, en la conferencia dada por el P. Chaminade, un director se pone de rodillas pidiendo ser relevado de su oficio, poniendo como motivo la debilidad de su cuerpo –era cojo– y también la debilidad de su espíritu. El P. Chaminade le preguntó si tenía una alta idea de la retórica de san Pedro, el primero de los Apóstoles que convirtieron el mundo… Es inútil añadir que el solicitante volvió a su cargo y cumplió su oficio de director». – Sobre su minusvalía él hacía esta reflexión: «Cuando me rompí la pierna, mis padres decían "¡Qué desgracia!" y ahora yo digo "¡Qué felicidad!, ¿qué hubiera sido de mi sin este accidente?». – «El señor Gobillot era un enérgico Hermano de María, que llevaba la vida religiosa a la manera de los Padres del desierto –escribe un contemporáneo suyo–; nunca encendía fuego en su habitación, practicó hasta en su ancianidad todos los ayunos de Regla, tenía total desprendimiento de la familia… Sin embargo, a medida que avanzaba hacia el fin de su carrera, se veía en él cómo poco a poco el fruto alcanzaba la dulzura de la madurez». En una carta del 29 de agosto de 1843, el Buen Padre Chaminade le señalaba como buen maestro, «que enseña con mucha claridad y orden», y buen religioso, «de una honesta severidad en la regularidad y dando ejemplo de ello».

AUGUSTIN BOULY
Celo y caridad

D.Agustín Bouly (1790-1878), nacido en Chargey-lez-Gray (Franco Condado); después de haber seguido durante cuatro años los cursos de teología en en el Seminario de Besançón, entró como postulante en Saint-Remy, donde empezó a ejercer la enseñanza (1824). Hizo su noviciado en la Magdalena, bajo la dirección del P. Caillet (1826-1827) y ejerció como profesor en Saint-Remy y en Saint-Hippolyte. Fue director en Marsat y en Charolles, y vicario en Courtefontaine. Murió en Besanzón, tras una breve enfermedad, dejando el recuerdo de un sacerdote lleno de celo y caridad.

BENOIT FRANÇOIS JOSEPH ENDERLIN (1804-1879)
Introductor de la SM en Suiza (Friburgo) y Alemania

D.Benito Francisco José Enderlin es una de las figuras más destacadas y venerables de la primera generación de la Compañía de María. Originario de Schlierbach, Alsacia, entró con el nombre de Hermano Benito en la Congregación de los Hermanos de la Doctrina cristiana, que acababa de fundar el P. Mertian y, en 1826, se unió con algunos cohermanos a la Compañía de María. Después de haber dirigido durante doce años la escuela de Ammerschwir, el señor Enderlin fue llamado, por la confianza que tenía en él el P. Chaminade, para introducir la Compañía de María en Suiza, fundando en 1838 la importante escuela de Friburgo, que dirigió con éxito extraordinario hasta su cierre, en 1847 tras la derrota de Sonderbund. Poco después (1851), el señor Enderlin fue encargado de una nueva misión de confianza. Bajo la invitación del famoso obispo alemán mons. Ketteler, abrió en Mayence la Escuela Sainte-Marie, donde trabajó hasta su muerte, después de haber conquistado la confianza, la estima y la veneración de toda la población. Sus antiguos alumnos erigieron un monumento que recubre la tumba donde reposan sus restos mortales. Las obras fundadas y dirigidas por el sr. Enderlin fueron la ocasión y punto de partida del desarrollo de la Compañía en Suiza, Alemania, Austria y América; por tanto merece un agradecimiento especial de su familia religiosa.

PIERRE OLIVE (1797-1864)
Una encantadora sencillez

D.Pedro Olive nació en Amance, cerca de Saint-Remy, hizo su noviciado en San Lorenzo en 1825. Trabajó como profesor en varias escuelas en el Midi y Franco-Condado. Ejerció las funciones de director en Orgelet (1827-1838), en Sellières (1839-1854) y murió, jubilado, en Courtefontaine. Por donde pasó, dejó el recuerdo de una encantadora sencillez que hacía que le llamasen «el buen padre Olive».

JEAN CHEVAUX (1796-1875).
Un gran y santo maestro de novicios. Tercer superior general

Humilde religioso que llegaría a ser el tercer Superior General de la Compañía. «*En todo el tiempo que exista la Compañía de María, su recuerdo será una bendición*». Este era el testimonio que le rendía, al día siguiente de su muerte, el religioso encargado de redactar su biografía, una de las más interesantes de nuestros anales. Este redactor era el eco de todos sus hermanos, que lloraban a su Superior como a un padre y le veneraban como un santo. El P.Juan Chevaux nació en 1796 en el pueblo de Jouhe (Franco Condado-Jura), al pie del santuario de Nuestra Señora del Mont-Roland. El joven Chevaux realizo excelentes estudios en el seminario de Besanzón, donde destacó por su gran piedad, su recto juicio y su excelente espíritu; pero su humildad le decía que era indigno del sacerdocio. Volvió a su familia y posteriormente se puso al servicio de un venerable sacerdote, enfermo de cáncer, al que cuidó hasta su muerte. En este tiempo la Compañía de María adquirió la casa de Saint-Remy. El joven Chevaux no tardó en presentarse allí, vestido con una sencilla blusa, para ser empleado en los trabajos del campo (1825). Pronto se descubrió el secreto de su vida y de sus virtudes, y en 1828, recién ordenado sacerdote, por orden formal del P. Chaminade, fue encargado en la comunidad de Saint-Remy del Oficio de celo, que lo ejercería, en localidades más o menos grandes, durante toda su larga vida.

Ejerció primero en Saint-Remy, en el internado y en la comunidad (llamada comunidad de San José) de los hermanos obreros, a la que llevó, más por su ejemplo que por sus consejos, a la práctica de las virtudes más austeras, a tal punto que hizo de esta comunidad, según una expresión del Fundador «una nueva Tebaida». Una obediencia del 15 de diciembre de 1841 le nombró provincial de Alsacia, con residencia en Ebersmunster. Era la primera nominación de provincial en la Compañía. El provincialato no fue organizado por completo hasta el año 1849.

Nombrado por el Capítulo general de 1845 Asistente de Celo, el P.Chevaux vivió con el P. Caillet en Burdeos y después en París (1861). En Burdeos se instaló en Santa Ana, donde durante quince años ejerció las funciones de maestro de novicios, donde formó, entre otros muchos al Buen Padre Simler y al santo sacerdote Lagarde. A partir de este momento, la acción del P. Chevaux en la Compañía llegó a ser más y más amplia.

«En el Consejo del Superior general, se decidían las cosas; pero es en la pequeña celda de Santa Ana, sobre esta pequeñísima mesa, ante un pequeño crucifijo, donde el P. Chevaux encontraba ese lenguaje sencillo y bondadoso con el que sabía decirlo todo, hacer que se aceptara todo, sin herir jamás, sin desanimar jamás. ¡Quién podría contar las almas que, según la necesidad, reanimó, fortificó, atrajo, detuvo al borde del abismo, o lanzado en los maravillosos caminos de la perfección! Este es el secreto del Cielo. Aquellos que tuvieron la dicha de vivir en la soledad de Santa Ana, bajo la dirección del P. Chevaux, jamás olvidarán ni las meditaciones de mañana en voz alta, ni los agradables momentos de los recreos, que nunca dejo de presidir, ni los paseos en los que aparecía rara vez, retenido por sus ocupaciones».

El Capítulo de 1868 nombró Superior general a este humilde religioso; esto fue para él un golpe fulminante y fue necesario, nada menos, que el cardenal Mathieu, presidente del Consejo, le ordenase aceptar su nombramiento. Durante siete años cumplió estas supremas funciones con humildad y dulzura, que habían sido y serían hasta el fin el rasgo característico de su vida, entregado sobre todo a la oración y a la dirección de las almas.

Llegó, por fin, el año 1875, que era el 50 aniversario de su entrada en la Compañía de María. Hacia la mitad de diciembre, sus fuerzas le abandonaron, vio que se acercaba su fin. Desde entonces fue, para todos los que pudieron visitarle, un espectáculo edificante. El 15 de diciembre recibió, rodeado de sus hijos llenos de lágrimas, el sacramento de la extremaunción. La víspera de San Juan, su amado patrón, hizo que sus Asistentes recitaran el oficio de las primeras vísperas, uniéndose visiblemente a la oración. En manos de los Asistentes renovó sus votos religiosos, después entró en agonía. En el momento en que se recitaba la oración: *Subvenite, sancti Dei…,* entregó su preciosa alma a Dios.

El P. Chevaux dejó diversos ensayos sobre la oración, el examen particular, la dirección y sobre todo una serie de circulares animadas de un profundo espíritu religioso. También se debe a él las Ordenanzas sobre la forma de celebrar los Consejos y sobre las funciones del Inspector. Fue quien asoció la Compañía al Apostolado de la Oración. Su cuerpo reposa en Merles, en el panteón de los Superiores.

ANDRÉ FRIDBLATT (1802-1861)
El que se convirtió leyendo la "Carta a los predicadores de retiros"

El P.André Fridblatt nació en Elsenheim, Alsacia. Fridblatt había sido estudiante en las universidades alemanas y había llegado a Saint-Remy con un traje excéntrico, con dos botas ostentosas y con dos pistolas en la cintura, como vestían los estudiantes universitarios en Alemania. Hizo su noviciado en Saint-Remy, al mismo tiempo que daba clases en la Escuela normal (1824). Hizo un segundo noviciado en Burdeos, bajo la dirección del Fundador (1828) y volvió a la Escuela normal de Saint-Remy, donde pasó algunos años muy agitados. A pesar del severo noviciado que había hecho en Burdeos, los disturbios de 1830 calentaron el carácter aventurero del estudiante de otros tiempos. Era una de esas almas inquietas que, precisamente porque eran muy imperfectas, no encontraban jamás suficiente perfección a su alrededor. Fue ordenado sacerdote en 1835 y estuvo encargado de la dirección de los internados de Courtefontaine, Marast y Saint-Hippolyte, donde permaneció veinte años. El significativo 1839, año del "Decreto de Alabanza" y de la famosa "Carta a los predicadores de Ejercicios" (24 de agosto), es también el año de la "conversión de Fridblatt en Courtefontaine: primeramente recibe una carta ese verano, en la que el Fundador le habla con energía para sacudirle espiritualmente (Carta 1156). En segundo lugar, sucede un hecho que da el toque final a su proceso: en una de las diez tandas, encargadas por el P. Chaminade para inculcar a todos los religiosos el espíritu de la Compañía, tal como le había pedido el papa, estaba predicando Perrodin. Tras una solemne celebración en la capilla, el P. León Meyer dejó sobre el altar la "carta a los predicadores", carta magna del carisma marianista, a la vista de toda la comunidad y de los novicios. Andrés Fridblatt, estaba atormentado por muchas dudas de fe, y tras escuchar la lectura de la carta, y con la carta de Chaminade en su conciencia, en medio de una extraña inmovilidad, se sintió tocado por la gracia y cambió totalmente en su interior. El P. Fridblatt se abandonó enteramente a la gracia, apreciando su vocación y convirtiéndose en un óptimo religioso y en uno de los sacerdotes más santos de la Compañía. Amante de la humildad y la pobreza y muy devoto de la Virgen y de la Compañía, a la que procuró numerosas vocaciones, en particular las de dos Superiores generales: el Buen Padre Simler y el Buen Padre Hiss (cf. *L'Apôtre de Marie*, XVIII, p. 15).

AUGUSTIN ÉTIGNARD (1807-1878)
El amigo que construyó un sepulcro al Fundador

El P. Agustín Étignarg nació en Laviron, Doubs (Franco Condado). Entró en la Compañía en 1826 y estuvo en varios puestos de confianza. Pero salió de la Compañía en 1836, por su carácter, poco apropiado para la vida de comunidad. Siempre continuó muy unido a la persona del Fundador, y **fue él quien en 1871 de acuerdo con el P. Lalanne erigió en la Cartuja de Burdeos el monumento donde reposan los restos mortales del P. Chaminade**. Murió en Burdeos el 25 de septiembre de 1878 y fue inhumado en el mismo monumento de su venerado maestro.

PIERRE SALMON (1805-1886)
Sencillez y entrega

D.Pedro Salmon nació en Ehuns, cerca de Luxeuil (Franco Condado), fue uno de los primeros novicios de Saint-Remy, donde se formó a la vida religiosa bajo la dirección del P. Rothéa (1824). Formó parte, como jefe de taller, en la fundación del orfanato de Saint-Jacques en Besançón, donde permaneció diez años. Después pasó a ser maestro en las clases elementales, posteriormente fue director de varias escuelas primarias en el Midi. Más tarde, con la misma sencillez y entrega, fue encargado de ropería y de enfermería en Cannes y en Saint-Remy, donde murió dejando el recuerdo de un verdadero hijo de la familia.

JOSEPH CHOLET (1793-1864)
De Mertian a Chaminade, cimentando la Alsacia marianista

D.José Cholet es uno de los pocos Hermanos del grupo del P. Mertian que se unieron a la Compañía en 1826. Fue uno de los religiosos que por su celo y su entrega contribuyeron más a establecer la Compañía en Alsacia. Dirigió sucesivamente las casas de Sainte-Marie-aux-Mines, Ribeauvillé, Saint-Claude, Conflans y Arc-et-Senans, y pasó el último año de su vida en Saint-Remy, edificando a sus hermanos por su piedad y su humildad.

CLAUDE-JOSEPH PELLETERET (1807-1878)
Espíritu de Familia

D.Claudio José Pelleteret nació en Oricourt (Franco Condado) el 2 de enero de 1807. Entró en la Compañía en Saint-Remy en 1827. Trabajó en numerosas comunidades del Franco Condado. Fue director en Saint-Claude (1838-1842), en Estrasburgo (1844-1849), en Givry (1856-1866), en esta última comunidad contrajo una grave enfermedad, que debilitó sus facultades y le obligó a pasar al retiro. Murió en Givry el 3 de abril de 1878. Religioso de gran carácter y de una exquisita caridad, ponía todo su cuidado en hacer reinar el espíritu de familia en su comunidad, inspirando a todos el respeto y la confianza.

MAXIMILIEN GENG (1787-1870)
El "prelado de la Abadía" de Ebermunster

D.Maximiliano Geng (1787-1870) estaba al servicio de la familia Meyer d'Eguisheim (Alsacia), y entró en la vida religiosa siguiendo a los dos hijos de la familia: León y Benito. Fue gran trabajador, se entregó toda su vida a trabajos en la Compañía de María, en primer lugar en Saint-Remy y en Saint-Hippolyte, después en Ebermunster, donde pasó solo tres años; después de la compra de la Abadía, que hizo la familia Rothéa, se ocupó de sacarla de las ruinas acumuladas por la Revolución. Alegre en medio de la pobreza y las privaciones en este duro trabajo se dio a si mismo el título de: «Prelado de la Abadía». De nuevo volvió a Saint-Remy como agricultor, y por fin fue a París, donde ejerció las funciones de proveedor. Murió en Saint-Hippolyte el 28 de enero de 1870.

CÉLESTIN POUX (1806-1869)
Un hombre de fe, edificador de comunidad.

D.Celestino Poux, originario de Saint-Lothein (Jura), había sido nombrado profesor en Courtefontaine en 1827. Cuando los primeros religiosos de la Compañía se establecieron allí en 1829, se emocionó al ver sus virtudes y decidió unirse a ellos. Después de su noviciado, que hizo en San Lorenzo (1830), fue enviado a Agen, donde emitió sus votos perpetuos en las manos del Fundador (1831). Empleado primero como profesor, después como Director, en diversas escuelas del Midi y del Franco Condado, en todo lugar fue un modelo de rectitud y de entrega.

En su juventud, una firme voluntad apoyada en robustas convicciones, le hicieron vencer todos los peligros que presentaba una Comunidad a la deriva, cuyo Superior traicionaba sus deberes antes de abandonar la Compañía… Nombrado Director, su celo no hizo más que

acrecentarse: siempre con su comunidad, el primero para todo, como hombre de fe, colocaba lo espiritual en primera línea, no omitía ni un solo ejercicio de piedad y no soportaba que sus hermanos los omitiesen. Muy sencillo en su persona, en su lenguaje, y sus costumbres, era un verdadero padre para sus religiosos. La organización de la Compañía estaba todavía incompleta, la iniciativa del superior debía suplir todo lo que faltaba. El sr. Poux lo comprendía: llamaba frecuentemente a sus hermanos en particular, sobre todo a los jóvenes, los formaba, los animaba, los ayudaba. Estableció en Salles, cerca de Burdeos, un sistema de emulación que obtuvo un verdadero éxito. Las notas eran regularmente comunicadas y sancionadas; se hacían exámenes serios en cada clase tres o cuatro veces al año; además había pruebas semanales en la clase. Hacía que alumnos de un curso superior compitieran con los más aventajados del curso inferior. También hacía que sus mejores alumnos compitieran con los de otras escuelas. Consiguió así resultados sorprendentes, en una región en la que la enseñanza no era apreciada de forma especial por las familias.

Cuando falleció en Courtefontaine, agotado por las fatigas y las enfermedades, el austero sr. Fidon podía anunciar su muerte en estos términos, que en una tal boca, valían como oración fúnebre: «Nuestro buen Hermano, el señor Poux Célestin, se ha ido a recibir la recompensa de sus más de cuarenta años de servicios en la Compañía de María: siempre ha sido regular y entregado».

ANDRÉ EDEL (1813-1891)
La Compañía de María "en salida". Uno de los fundamentos de la SM en Estados Unidos.

D. Andrés Edel nació en Colmar (Alsacia), entró como postulante en Saint-Hippolyte en 1827, hizo su noviciado en Saint-Remy en 1828 y fue encargado, como jefe jardinero, en la Comunidad de Hermanos obreros llamada San José. Como, además, tenía una buena cultura general, sólidos conocimientos religiosos y una excelente educación, fue enviado en 1842 a Saint-Dié, para dar clase a los pequeños, compuesta, entonces, por unos 125 alumnos

En 1849, se ofreció para acompañar al P. León Meyer, que marchaba a América. Escribía: «*La avanzadilla de los Misioneros esté en camino. ¡Que la Santísima Virgen los guíe y proteja, y que yo tenga pronto la felicidad de formar parte de su sacrificio! Desde algún tiempo tengo los sentimientos que recuerden los que tuve cuando, hace 22 años, dejaba a mis padres para entrar en la Compañía…: he sido arrancado de algo que amo naturalmente, mis padres, mi patria, por algo que amo espiritualmente, el servicio de Dios. Alguna vez me siento lleno de ternura y lloro, y cuando me pregunto lo que tengo, encuentro que lloro de felicidad, de poder pronto abandonar no solamente a mis padres sino incluso a mi patria, por amor de nuestro amado Maestro. Deseo que este nuevo sacrificio se realice pronto y sea agradable a Jesús y María. ¡Qué jamás sea infiel!*». La víspera de la salida: «*Acabo de leer hace un instante una carta de los Annales de la Propagation de la foi en su último número de septiembre de 1849. ¡No puedo más! ¡Mi sangre hierve! ¡Salgamos, sí, salgamos, con los 250.000 emigrantes europeos que llegan todos los años a América, la mayor parte pobres; estos pobres necesitan iglesias, pastores, esa es la tarea del clero; pero sus hijos necesitan enseñanza, educación cristiana, y esa es nuestra tarea!*».

Llegado a América, el sr. Edel abrió la primera escuela de la Compañía de María en la parroquia de la Santísima Trinidad de Cincinnati (1849); después marchó a San Antonio, donde puso los fundamentos del colegio Sainte-Marie, punto de partida de las obras de la Compañía en Texas (1852); en fin en 1869 fue llamado a la comunidad de Nazareth, casa madre de la provincia de América, donde cuidó los jardines y allí vivió veinte años. El sr. Edel ha dejado el recuerdo de un religioso de fe y de generosidad, de una piedad franca y luminosa, de un carácter a la vez prudente y emprendedor; es venerado en América como uno de los fundamentos de la Provincia.

JEAN BAPTISTE HOFFMAN (1812-1885)
El primer Inspector general de la SM

D.Juan Bautista Hoffman, originario de Colmar, entró en 1826 en Saint-Remy como postulante y dos años más tarde, en 1828, fue a pie a Burdeos, para hacer su noviciado bajo la dirección del P. Chaminade. Después de una estancia en Agen, volvió a Alsacia y fue destinado a la escuela de Ribeauvillé, cuya existencia en adelante se confundirá con su propia existencia

personal: en efecto, durante más de cuarenta años (1830-1873) permaneció allí, primero como profesor y después como director (1839). Durante esta larga carrera, el sr. Hoffman supo ganarse la confianza y la estima de todos, tanto de los de fuera como de los de dentro. Era un hombre amante del deber, muy unido a la Regla, trabajador, amante de la pobreza, digno en su porte exterior, de humor jovial y agradable, devoto filial a la Santísima Virgen. En Alsacia estaba rodeado de un respeto universal. Cuando, como consecuencia del Capítulo de 1858, fueron nombrados los primeros Inspectores provinciales de la Compañía, el sr. Hoffman fue designado Inspector de Alsacia y cumplió este cargo sin dejar de dirigir la Escuela de Ribeauvillé.

Algunos años más tarde, el Capítulo de 1866, habiendo decidido el nombramiento de un Inspector general, miembro del Consejo de Administración general de la Compañía, fue el sr. Hoffman el primero en ser nombrado para ese puesto. Sin embargo, no permaneció mucho tiempo en esa responsabilidad, porque a instancias suyas, habiendo sido descargado de su Oficio por el Capítulo de 1868, volvió a Ribeauvillé, donde le reclamaba toda la población.

La anexión de Alsacia a Alemania rompería esos lazos. Al final de 1873, el director, cuya entereza no había podido ser doblegada por el yugo de los nuevos dueños y señores, fue brutalmente expulsado de Ribeauvillé.

Algunos meses después, el sr. Hoffman llevaba la dirección del Internado de Marast. En 1878 una congestión le obligó a abandonar ese puesto y a retirarse a Ebermunster. Allí murió en 1885, como consecuencia de largos y fuertes dolores animosa y cristianamente soportados.

Hacia el fin de su vida, el sr. Hoffman se vio mezclado en las dificultades que hubo entonces en la Compañía. En esos problemas jugó un papel bastante activo, de lo que pronto tuvo que lamentarse. Por lo menos había aportado una gran rectitud de intención y, llegado al fin de su carrera, podía en su descargo escribir estas líneas empapadas de una legítima nobleza: «*No he respirado más que para el bien y la prosperidad de la Compañía; ella ha sido siempre el único objeto de mi amor, la única finalidad de mis trabajos; y ahora que envejezco, que me he gastado en su servicio, y que ella necesita más que nunca servidores fieles, mi fervor por ella no irá disminuyendo*».

ANDRÉ KELLER (1810-1858)
Cantando a María con los más pequeños

D.Andrés Keller, originario de Niederhergheim (Alsacia), había acompañado al sr. Hoffman a Saint-Remy en 1826, después a Burdeos en 1828; volvió con él a Alsacia en 1830. Después de haber sido destinado a varias escuelas de esta Provincia, fue nombrado director en Ammerschwihr, cerca de Ribeauvillé (1842), donde permaneció hasta su muerte. Aunque en sus funciones más modestas –porque no quiso nunca sino dar clase a los más pequeños, a los que amaba y ellos a él–, el sr. Keller cumplió, junto al sr. Hoffman, una carrera fecunda, procuró a la Compañía numerosas y excelentes vocaciones y dejó a sus Hermanos una bendita memoria. «¿Qué diré del buen sr. Keller, mi querido Director, cuyas virtudes eran proverbiales en Alsacia?, escribía de él el sr. Damien Litz, uno de los fundadores de nuestras Provincias de América. Temo disminuir su mérito hablando de una manera muy imperfecta de sus virtudes». «Se puede decir, declaraba, que ha muerto por exceso de trabajo, de austeridad y de celo». «Estoy contento de morir, confiaba en su lecho de muerte al sr. José Meyer, acordándome de lo mucho que he hecho cantar a la Santísima Virgen a mis niños».

LOUIS CHOPARD (1810-1892)
Jovial, entregado y querido

D.Luis Chopard, nacido en Russey, Doubs (Franco Condado), alumno y después postulante en Saint-Remy, hizo su noviciado en Burdeos (1828) y fue destinado como profesor a Saint-Remy, Layrac, Ebermunster, Saint-Hippolyte y Besançón. Cuando la Compañía puso pie en París, estuvo sucesivamente en la Institución Sainte-Marie de la calle Bonaparte (1852) y en el colegio Stanislas (1855), y despuésde su ordenación tardía (1856) fue encargado de la dirección del Petit collège Stanislas, después de la Institución Sainte-Marie de la calle Monceau (1866-1874). Ejerció funciones de capellán en Cannes, Burdeos (1877) y de nuevo en la calle Monceau (1883), donde murió. El sr. Chopard era de pequeña estatura, de natural vivo y despierto, de carácter jovial, de porte distinguido; llevaba una vida muy regular, animado de gran celo y era muy querido de los alumnos.

CHARLES BONNEFOIS (1795-1855)
Secretario de Lalanne, de Chaminade y de la Compañía de María

D.Carlos Bonnefoi, originario de Gray (Alto Saona-Franco Condado), fue atraído a la Compañía en 1826 por el P. Lalanne, entonces director del Colegio de esa ciudad, y al que después le sirvió de secretario hasta 1833. En esta fecha, pasó a ser secretario del P. Chaminade y en 1835 fue nombrado secretario general de la Compañía. Enseguida fue encargado de fundar y dirigir las obras de la Compañía en Barsac (1841) y Villeneuve d'Ornon (1855), donde murió. El sr. Bonnefoi ha dejado el recuerdo de un religioso de una fe profunda, de gran austeridad de vida, de una firmeza inquebrantable. Tenía maneras distinguidas, amaba el orden, estaba plenamente unido a la Regla; pero un carácter duro y absoluto le creó más tarde dificultades con sus hermanos e incluso con el venerado Fundador.

ETIENNE GUILLEGOZ (1810-1873)
Un pacificador: "Ante los hombres la unión hace la fuerza, y mucho más ante Dios"

D.Esteban Guillegoz, originario de Gouhenans, Alto-Saona, entró en Saint-Remy en 1828 como alumno y llegó a ser postulante y novicio, allí hizo la profesión en 1830, también allí fue profesor y sucedió al sr. Clouzet como director en 1851. Durante más de veinte años fue el alma de esta gran casa, que gobernaba con la ayuda de cuatro subdirectores para el Internado secundario o «castillo», la comunidad de los hermanos obreros o «San José», la granja-escuela de la que había sido nombrado director por decreto ministerial del 25 de febrero de 1853, y el molino de Faverney adquirido en 1863. Bajo apariencias un poco frías y autoritarias, el sr. Guillegoz era un religioso de fe profunda, de virtud sólida, de juicio práctico y de una gran entrega a la Compañía. En las dificultades de la Compañía en 1865, jugó un papel importante y pacificador. «Lo que todo el mundo reclama, escribía al P. Lalanne el 23 de noviembre de 1865, es 1º la concordia, 2º el estudio de la cuestión, 3º la cooperación del alto clero, 4º sobre todo y ante todo, la protección de la Santísima Virgen María. ¿No somos sus Hijos? ¿No es Ella la que puede hacer todo por nosotros, en especial en estas circunstancias? Si mi oración pudiera conseguir algo, le pediría una sola cosa: *la unión.* Ante los hombres la unión hace la fuerza, y mucho más ante Dios». El sr. Guillegoz enfermó y se le envió a Besanzón para que lo cuidaran; murió piadosamente allí el 5 de marzo de 1873. (Ver en *Esprit de notre fondation,* n. 510, su carta al P. Chaminade en la víspera de su profesión perpetua).

FRANCOIS-ETIENNE DAVID (1805-1890)
Fundador de la SM en Sion (Suiza) y creador de su Escuela normal

D.Francisco-Esteban David, natural de Cuve, Alto Saona, tras unos buenos estudios clásicos hechos en el seminario de Luxeuil, entró en 1831 en Saint-Remy, donde hizo la profesión religiosa y se inició en la enseñanza. Después de haber tomado parte en las fundaciones de Marast y de Friburgo, fue escogido por sus superiores para presidir la fundación de Sión, donde creó la primera escuela normal y dirigió durante muchos años las escuelas primarias: se le recuerda con veneración. En 1873, el señor David se retiró a Marast, donde murió por el peso de los años, sin que le detuviese la enfermedad, manteniéndose fiel hasta el último momento a la regla de la vida común. El sr. David dejó el recuerdo de un religioso ferviente, de una inteligencia viva y cultivada, de un carácter dulce y amable, de modales nobles y distinguidos.

FRANÇOIS-FELIX DAVID (1829-1883)
"Pasó haciendo el bien. Es echado de menos por sus alumnos y por todo el municipio"

D. Francisco David, natural de Frasnois (Jura), que entró en la Compañía de María en Courtefontaine en 1845. Pasó toda su vida en el Midi, en particular en Salles, cerca de Burdeos, donde fue director durante un cuarto de siglo y donde murió rodeado del respeto de toda la población (1885). Era la época en que comenzaba darse el espíritu sectario: cuando desapareció él, las autoridades universitarias despidieron enseguida a la Compañía de María, pero sobre su tumba, piadosamente conservada hasta nuestros días, se grabó esta inscripción: «Aquí yace

François David, Hermano de María. Pasó haciendo el bien: es echado de menos por sus alumnos y el municipio entero».

JOSEPH KESSLER (1803-1884)
De la Reforma protestante a la entrega como hijo de María

D. José Kessler, nacido en Saint-Gall (Suiza) en el seno del protestantismo, abjuró de la herejía [*sic* en la edición francesa de 1930] en Colmar, donde conoció la Compañía, y fue a Burdeos para hacer el noviciado junto al Fundador (1828). Después de haber pasado los primeros años de su vida religiosa en San Lorenzo, en Marast y en Saint-Remy, fue enviado a Besanzón, donde acabó su carrera como maestro de dibujo. Murió retirado en Courtefontaine, dejando la reputación de un religioso muy piadoso, muy caritativo, muy observante y sobre todo muy devoto de María. El P. Chaminade le había permitido, en 1837, «renovar todos los días el voto de hacer todas sus acciones con la mayor pureza de intención que le fuera posible y de la manera que él viese que era la voluntad de Dios».

FERRÉOL DUMONT (1813-1890)
Un sacerdote inolvidable: estudioso, espiritual, cautivador por su palabra, comunitario

D. Ferreol Dumont nació en 1813 en Morteau, pequeña localidad de las montañas del Jura. Entró en Saint-Remy en 1827, hizo su noviciado bajo la guía del P. Chevaux y se inició en la enseñanza. Aunque de notable inteligencia, era un profesor mediocre: planeaba por encima de sus alumnos, suponiendo siempre que habían comprendido lo que a él le parecía evidente. «Tal teorema es muy fácil, decía: es el corolario de aquel otro… En este, les bastará destacar esa particularidad… ¡Sigamos!». No tenía tampoco ninguna aptitud para la dirección de un establecimiento, y, tras varios intentos infructuosos en Givry, Réalmont y Courtefontaine, se renunció a confiarle cargos de este tipo. Su verdadero sitio estaba en el ministerio de las almas: durante su larga carrera, prestó los más preciosos servicios como capellán del internado de Saint-Remy (1846-1852), del colegio Stanislas (1856-1860), de la Institución Sainte-Marie de Besanzón (1860-1872) y finalmente de la comunidad Saint-Joseph de Saint-Remy, donde, durante casi 20 años fue el digno sucesor de los PP. Rothéa y Chevaux (1872-1890). El P. Dumont fue una de las figuras sacerdotales más simpáticas de la Compañía a mitad del siglo XIX: un extraordinario amor al estudio, unido a una tierna piedad, a una obediencia de niño y a un encantador espíritu de comunidad fueron sus rasgos distintivos.

Espíritu curioso, el P. Dumont estaba abierto a todas las ramas de la ciencia y tenía una gran facilidad para asimilarlas incorporándolas a sus principios: dominaba a un nivel notable las ciencias matemáticas y naturales, tenía gusto para las artes del dibujo y de la música, pero se aplicó sobre todo al estudio de las ciencias eclesiásticas. Muy temprano, se había iniciado en el conocimiento de la filosofía escolástica y de la lengua hebrea; y hasta el final de su vida, se dedicó con una asiduidad ejemplar al estudio de la sagrada Escritura, de la teología moral y de los autores ascéticos. Asimismo sus pláticas eran muy sustanciosas, y hubo ocasión de escucharlas en toda la Compañía, de la que fue uno de los predicadores más difundidos, predicando cada año dos o varios retiros. Hablaba con sencillez y claridad, sin pasión, pero con un tono convencido, y con puntos de vista originales que impactaban en los espíritus: se deseaba escucharle y se aprendía en su escuela. Su costumbre de dividir el tema en tres partes, subdivididas cada una en tres puntos, quedó como legendaria. La materia de cada uno de sus sermones la tenía en una hojita, del tamaño de la mano, y la meditaba largamente antes de subir a la cátedra; además, durante los retiros, pasaba la mayor parte del día en la capilla, de rodillas al pie del presbiterio, con la mirada amorosamente fija en el sagrario.

La piedad era, con el estudio, el alma de su vida, y las dos grandes devociones que él practicaba y enseñaba eran la asistencia al Santo Sacrificio y el ejercicio del Via Crucis. Cada día asistía a todas las misas que le era posible oír; cada día también en cuanto se levantaba, antes y después de la misa, y todavía por la noche, multiplicaba las visitas a la estaciones del Via Crucis. Preguntado sobre la razones de esta devoción, respondía: «Créame, cuando se acuña moneda por las almas del purgatorio, nunca se acuña demasiado». En su ardor por el estudio, el P. Dumont estuvo a veces expuesto a algunas temeridades de pensamiento y a algunas imprudencias de lenguaje: pero tal era la humildad y la sencillez de su alma que, a la primera advertencia de sus Superiores, se volvía como un niño. «*Me considero muy dichoso, sí,*

lo digo desde el fondo de mi corazón, me considero muy dichoso de tener por encima de mí guías seguros y fieles que previenen mis extravíos», escribía un día al B. P. Chaminade; y más tarde al B. P. Caillet: «*No tengo todavía la evidencia de lo atinado de las observaciones que se me hacen sobre mi manera de predicar; pero las creo acertadas, fiado de la palabra de los que tienen gracias de estado para guiarme, y hago lo posible por conformarme a ellas, acordándome de las palabras divinas: "Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes"*». «*Hasta los últimos años de su vida, cuenta uno de sus Superiores, me llenaba de confusión cuando venía a los retiros y él, anciano venerable, me abría su alma con la sencillez de un niño para solicitar la dirección y se ponía de rodillas para pedir la bendición*». «*La obediencia dominaba su alma, hace notar otro de sus contemporáneos: no podía soportar el retraso en obedecer*». Hombre de comunidad, en el recreo se juntaba a los primeros cohermanos que encontraba, y los encantaba con la variedad de sus conversaciones; efectivamente, gracias a su excelente memoria y a sus lecturas siempre renovadas, era un conversador tan agradable como infatigable. Su vida se vio coronada con una muerte no menos edificante. Tras unos días de una dolorosa enfermedad, durante los cuales se mostró como siempre sencillo, valeroso, resignado a la voluntad de Dios, obediente como un niño pequeño a todos los que le cuidaban, se apagó dulcemente el 15 de agosto, a la hora misma de levantarse, en el momento en que los Hermanos saludaban con una primera oración la gloriosa Asunción de su Madre.

PIERRE JOSEPH MICHAUD (1812-1870)
En "Santa Ana" de Burdeos: Formador de novicios, Inspector provincial, y hortelano

D. Pedro José Michaud es uno de los religiosos que más simpático recuerdo dejaron entre sus contemporáneos. Natural de Montjouven, Jura, había hecho estudios completos en el Seminario menor de Vaux; pero, no considerándose llamado al estado eclesiástico, se presentó en Saint-Remy para abrazar la vida religiosa (1834). Tras su profesión, trabajó durante algunos años en Alsacia y después, en 1841, fue enviado al Noviciado de Santa Ana de Burdeos, donde iba a pasar el resto de su vida, acumulando las funciones de ecónomo, profesor y hortelano, a las que añadió también en 1859 el cargo de Inspector de la Provincia de Burdeos. El sr. Michaud tenía una inteligencia viva y cultivada, un juicio recto, una voluntad firme y enérgica, y, bajo apariencias un poco rudas, un corazón de oro, que le hacía querer a todos sus Hermanos.

Durante mucho tiempo, fue el brazo derecho del P. Chevaux en la formación de los novicios de Burdeos, entre los cuales están el P. de Lagarde, el Buen Padre Simler y el P. Demangeon. Trabajador infatigable, pasaba sin dificultad del estudio al huerto, y tenía un talento especial para el cuidado de la huerta, el cultivo de las flores y el corte de árboles: por eso, cada año se recurría a él para estos servicios de las comunidades de alrededor.

En uno de estos viajes, en Realmont, se enfrió. Se le quiso retener. «Tengo la orden de volver a Burdeos en cuanto acabe mi trabajo», dijo él, y se puso en camino. Tuvo que detenerse en Castelrrasin, y, sintiendo llegar la muerte, pidió un sacerdote de la Compañía para oír su última confesión. Acudió el P. Demangeon. Después de la confesión, acabó de poner orden en los asuntos que había dejado en Burdeos y añadió: «*Ahora, hábleme de Dios*». No quiso oír ya hablar de ninguna otra cosa. Al día siguiente por la tarde, la comunidad estaba reunida en torno a él. Se acordó de que era sábado, día en que se cantaban en Burdeos las letanías de la Santísima Virgen, e invitó a sus Hermanos a cantarlas. En cuanto empezaron, se incorporó en su cama y con una voz cascada pero que a veces dominaba sobre la voz de sus Hermanos, se puso a cantar, con las manos y los ojos elevados al cielo, con una expresión de fervor que arrancaba lágrimas a todos los asistentes. Murió unas horas después, con la muerte de los predestinados.

JULES CESAR PERRODIN (1806-1900)
El testigo de la misericordia de Dios. Confesor de Burdeos y puerta abierta a todos

El P.Julio César Perrodin, natural de Epy (Jura), era vicario en Arbois cuando la Revolución de 1830 le expulsó del presbiterio con su párroco. Poco después, en 1833, el P. Bardenet lo consiguió para compartir con él la capellanía de las Hijas de María, en la Abadía de Acey, donde él se había retirado: aquí conoció el P. Perrodin a la Compañía de María y a su fundador. Gracias a su aliento y al del P. León Meyer, entonces superior de Courtefontaine, se decidió a entrar en ella y profesó en 1841; sin embargo, siguió en Acey hasta la muerte del P.

Bardenet en 1844. Al año siguiente, fue nombrado superior de Courtefontaine y, al mismo tiempo, párroco. En 1849, añadió todavía a sus cargos el de Provincial del Franco Condado, que cumplió durante diez años.

En 1860, cuando la Administración de la Compañía de María se trasladó de Burdeos a París, el P. Perrodin fue enviado a la Magdalena para continuar, después del P. Caillet, la obra del P. Chaminade: allí estuvo cuarenta años, hasta su muerte, ejerciendo en el púlpito y sobre todo en el confesonario, un ministerio muy fructífero. Por su bondad, su paciencia y su delicadeza, se ganaba todos los corazones. De un celo ardiente y emprendedor, de una confianza sin límites en la Providencia, de una inagotable indulgencia para con las miserias humanas, sabía consolar, levantar y animar, no con largos discursos, sino con palabras vivas y cálidas, que se veía que salían del corazón. Todos los días pasaba horas en el confesonario, y la víspera de las fiestas importantes, permanecía en él desde las 5 o las 6 de la mañana hasta las 10 o las 11 de la noche, sin apenas tiempo para tomar algún alimento. Era el confesor titular de numerosas comunidades religiosas. Le llamaban frecuentemente a la cabecera de los moribundos que rechazaban los auxilios de la religión, porque tenía un don especial para hacerles volver a Dios. Muy devoto del Sagrado Corazón, contribuyó poderosamente al éxito de la Gran Familia del Santísimo Sacramento, obra de adoración nocturna en las parroquias de Burdeos. Tras el cierre de los conventos en 1880, acogió generosamente a los expulsados, y la Magdalena llegó a ser el centro de las obras más diversas, dirigidas por los jesuitas, los franciscanos y los dominicos. Como verdadero servidor de María, tenía una devoción especial al rosario, que llegó a ser su grande y casi única ocupación en los últimos años de su vida. Agotado por la vejez, el P. Perrodin se apagó piadosa y dulcemente en la Magdalena.
El P. Perrodin tuvo tres sobrinos, que han dejado un recuerdo edificante en la Compañía: el P. Augusto Perrodin (1836-1890), Narciso Perrodin (1843-1931) y Luis Perrodin (1843-1882). Véase *Apôtre de Marie,* XXII, p. 333.

JEAN-BAPTISTE LAMOTTE (1802-1887)
Ganar los corazones para Dios

El P. Juan Bautista Lamotte, nacido en Poussay (Vosgos), ejerció primero el ministerio en su diócesis de origen, después probó en la Trapa de Oelenberg, Alsacia, donde su mala salud y los acontecimientos políticos de 1830 no le permitieron quedarse. Siempre ávido de vida religiosa, llamó a la puerta de la Compañía de María y fue admitido en 1835. Durante su larga carrera, ejerció las funciones de submaestro de novicios en Courtefontaine (1836), de director en Marast (1838) y en Gensac (1846), de párroco en las parroquias de Flaujagues y de Coubeyrac (1852), de capellán en Marast (1868) y en Salins (1873), donde acabó su larga vida, dejando el recuerdo de un sacerdote piadoso y entregado, de juicio recto, de espíritu fino con un aspecto de bonhomía, de vida regular y austera, muy dedicado a la educación de los niños, cuyo corazón sabía ganar para llevarlos a Dios.

AIMABLE-CONSTANT GOUVERD (1807-1880)
Penitencia y examen de la oración. Enseñó a escribir al rey Alfonso XII

D. Aimable-Constant Gouverd (1807-1880), natural de Bretonvillers, Doubs, conoció la Compañía en Saint-Remy, de donde fue enviado al noviciado de San Lorenzo en 1827. Allí recibió la formación del P. Chaminade, que, a petición suya, le enseñó a darse disciplina: le gustaba contar que le pareció larga la primera lección, que le administró Juan Larquey, el abnegado servidor de la casa, congregante de la Magdalena, mientras que el P. Chaminade recitaba el *Miserere…* Por lo demás, fue fiel a esta práctica durante el resto de su vida; y hasta el fin de su vida igualmente, siguiendo la costumbre de su noviciado, fue fiel a hacer cada día por escrito el examen de su oración. El sr. Gouverd fue posteriormente el fundador de las escuelas de Morez (1849) y de Olonzac (1851), donde pasó la mayor parte de su vida. Murió piadosamente en Besanzón, donde estaba de retiro. Era de estatura alta, de maneras educadas y distinguidas, y le gustaba recordar que, cuando estaba en el colegio Stanislas de París, tuvo el honor de ser el maestro de escritura del futuro rey de España Alfonso XII.

CLAUDE MOUCHET (1815-1885)
Un hombre de las bienaventuranzas, que eligió al Fundador como guía espiritual

D. Claudio Mouchet había nacido en Villers-sous-Ecot, (Doubs-Franco Condado). Tras recibir una excelente educación, como lo atestigua lo que queda de su correspondencia, entró en la Compañía en 1832 y cumplió durante toda su vida, en Saint-Remy, Merles y Luché, las funciones de encargado de la ropería y de enfermero. Fue uno de los religiosos más virtuosos de esa generación y el P. Chevaux ha trazado de él el retrato siguiente: «Razón prudente y moderada, juicio recto y sólido, maneras dulces y honestas; apto para todos los empleos internos de una casa, ropería, enfermería, etc.; obediente, respetuoso, caritativo; verdaderamente humilde, paciente, solícito y mortificado, inclinado a negar a los demás lo que creería no estarle permitido a él mismo; lleno de fe y de confianza en Dios; de una piedad tierna, sincera e ilustrada». El P. Chaminade lo dirigió largo tiempo y tuvo la buena idea de conservar un cierto número de esas cartas de dirección, que serán reproducidas en su fecha correspondiente.

NARCISSE ROUSSEL (1813-1885)
El que escondió y arruinó su talento

El P. Narciso Roussel, nacido en 1813 en Orgelet, ingresó en 1835 en la Compañía de María e hizo su noviciado en la Magdalena, dirigido por el P. Caillet. Cuando el P. Chaminade volvió a Burdeos en 1836, quedó impresionado de los grandes talentos que mostraba el joven y tomó empeño en trabajar con él pensando que, si conseguía disciplinar su homosexualidad, habría conseguido para Dios y para la Compañía un operario de valor, lo sometió a prueba durante algún tiempo, ciertamente, y no lo admitió a los votos perpetuos más que en 1837, y después de tres solicitudes reiteradas. Como, sin embargo, el sr. Roussel, bajo su dirección, hacía progresos sensibles, el P. Chaminade comenzó en 1838, a emplearlo como secretario y le hizo ordenar presbítero durante las Navidades de aquel año. Roussel fue encargado de redactar la *Carta a los predicadores de Retiros* de 1839, única obra verdaderamente positiva que se anota en su vida como religioso marianista. En ese momento hizo falta un religioso en posesión del título de bachiller para la dirección de la casa de Saint-Hippolyte: como el P. Roussel era de los pocos que cumplía tal requisito, fue enviado allí. Dejado a su suerte, no respondió a la confianza puesta en él, porque tanto Narciso como su hermano Felipe faltaron gravemente al voto de castidad y tuvieron que ser advertidos seriamente por las faltas de inmoralidad repetidas. Entonces Narciso hubo de ser llamado de vuelta a Burdeos, donde el Fundador, tomándole de nuevo como secretario, siguió dedicando su inteligencia y su actividad al servicio de la Compañía. A finales de 1840, sorprendido por las exigencias de un proceso incoado contra la Compañía por el sr. Augusto, el P. Chaminade se vio obligado a completar urgentemente su Consejo con el nombramiento de un religioso para el puesto de segundo Asistente, vacante desde la dimisión del P. Lalanne. No teniendo a otro a mano, creyó poder designar, a título provisional, al P. Roussel para este puesto. El primer uso que hizo el P. Roussel del cargo fue obligar al P. Chaminade a dimitir de sus funciones de Superior general, a fin de que fuese el Consejo quien asumiese, en su lugar, la defensa en el proceso contra el sr. Augusto (1841). Habiendo dictado el sr. Ravez laudo arbitral dando la razón al P. Chaminade contra sus Asistentes, el P. Roussel se opuso a que el nombramiento de sucesor lo hiciese el Fundador, derecho que este se había reservado. Roussel influyó decisivamente para abrir el nuevo noviciado de Santa Ana, pero su estancia en él es un capítulo gravísimo de sus desórdenes morales, hasta tal punto que el fundador tuvo que ayudar a sanar la situación del noviciado tras la marcha de Roussel de Burdeos en 1844. Este siguió intrigando contra el fundador, manipulando al Consejo general, y escribiendo dos “Memoriales” que envenenaron todo el proceso y que fueron firmados por los consejeros y enviados a los obispos, provocando la convocatoria del Capítulo General de 1845. Destituido él mismo por el Capítulo General, el P. Roussel no tardó en dejar la Compañía (1846), muriendo en Estados Unidos en 1885 y dejando un penoso recuerdo a cuantos le habían conocido.

BENJAMIN HOUMANN (1810-1873)
La alegría y el humor, signos de un corazón lleno de paz

D. Benjamín Houmann, nacido en Contrexéville (Vosgos), había terminado sus estudios en el seminario cuando en 1835 entró en el noviciado de Courtefontaine, que acababa de abrir el P. Chaminade. Tras haber enseñado en muchas casas, Saint Claude, Estrasburgo, Moissac, etc., falleció, piadosamente en Givry. Antes de envejecer, el señor Houmann era, por su buen humor, un elemento de sana alegría en sus comunidades, edificando a sus hermanos por su vida regular y profundamente religiosa. En uno de los últimos años de su vida, penosamente inválido, exponía sus necesidades a sus superiores y terminaba así la carta: «*Esto es lo que he creído mi deber decirles. Ahora, hagan conmigo lo que crean apropiado; decidan o no decidan, iré a donde la obediencia lo exija y por ello no dejaré de ser su respetuoso y abnegado hijo*».

PIERRE SERMENT (1819-1892)
Maestro de novicios y de profesores

D. Pedro Serment, originario de Vieille-Loye (Jura), ingresó en 1837 en el noviciado de Courtefontaine y estuvo destinado primero en Saint-Claude, después, aunque religioso laico, desempeñó durante quince años las funciones de Maestro de novicios (1846-1860). Volvió a Saint-Claude como director y terminó su larga carrera en Saint-Remy. «Arquetipo del buen religioso marianista, se dice en el Registro necrológico de la Compañía, el sr. Serment usó sus fuerzas para formar buenos religiosos y buenos profesores». Era, anota uno de los novicios de la época, contemplativo y dado a la mortificación. Tenía gusto para el dibujo y la pintura y fue el autor de hermoso cuadro de honor que estuvo expuesto en el locutorio de nuestras Escuelas. Siendo Maestro de novicios, el P. Serment redactó en 1857 la primera *Noticia Histórica de la Compañía de María*, actualmente conservada en los archivos de la Casa madre.

FRANCOIS GIRARDET (1818-1892)
"Un servidor incomparable", por su integridad y santidad

Francisco Girardet, originario de Grand-Chalème (Jura), se había dirigido a Courtefontaine en 1834 para acabar allí sus estudios. Bajo la dirección del P. Léon Meyer, escuchó la llamada de Dios; sin regresar a su familia –a la que no volvió a ver– fue recibido como novicio por el mismo P. Chaminade, el 21 de octubre de 1835. Tras la profesión, el joven religioso se quedó en Courtefontaine, vinculado a la obra del postulantado, «confundiendo a todos por su celo, su regularidad, su piedad y su franca sencillez», según las expresiones del mismo P. Meyer. En 1840, el sr. Girardet, con apenas 22 años, fue nombrado director de Saint-Dié, donde se manifestaron sus aptitudes para el gobierno de las personas. En 1844 fue llamado a Ebersmunster para asumir el oficio de Maestro de novicios y en 1853 tomó la dirección general de la obra, que mantuvo hasta 1869. Durante estos veinticinco años fue el alma, no solo de la casa de formación, sino de toda la Provincia de Alsacia, a la que dio un vigoroso temple. En esta época, publicó una colección de meditaciones bajo el título *El arte de mejorarse* y, en colaboración con el P. Chevaux, los temas de *Exámenes particulares destinados especialmente a los novicios y religiosos jóvenes de la Compañía de María.*

En 1865, el sr. Girardet ejerció un papel de pacificador durante las dificultades de la Compañía de María, y la confianza del Capítulo General le designó para ir a Roma, con el P. Lalanne, a pedir que retiraran la animadversión que modificaba el carácter de la Compañía. En 1869, el sr. Girardet fue llamado por la Administración general de la Compañía para ser Secretario general, funciones a las que vinculó desde 1878 a 1886 la de Adjunto del Jefe de Instrucción. Allí, durante otro cuarto de siglo, habría de ejercer su acción en un área más amplia y dar toda su medida.

El sr. Girardet era físicamente de talla mediana, de cuerpo sólido aunque encorvado; sobre sus hombros descansaba una cabeza fuerte, con cabellera descuidada, de trazos firmes, de ojos claros y bondadosos, arqueados con gruesas cejas y de mirada generalmente baja. Bajo este exterior se escondía un alma de una rectitud y de una energía incomparable. Religioso de una sola pieza, enemigo de componendas, trabajador infatigable, mortificándose sin piedad, dotado además de una inteligencia lúcida y práctica, iba a ser una ayuda preciosa para el Consejo de Administración general. Gracias a una excelente memoria, no olvidaba nada de las

necesidades que presentaba a los Superiores en una correspondencia vastísima. Seguía con cuidado cada uno de los asuntos, recordaba los que habían sido aplazados, volvía sobre los que parecían olvidados, resumía exactamente lo que se había hecho o establecido. Pensaba de antemano en lo que había que preparar y no dejaba de recordarlo en el momento oportuno, repitiendo con decisión este dicho: «Gobernar es prevenir». En el Consejo defendía su opinión con una fuerza en la que se manifestaba la energía de sus convicciones. Si algunas veces la discusión se caldeaba, él permanecía calmado y parecía decir como el general griego: «¡Pega, pero escucha!». Su inteligencia era tan amplia como recta, no tenía dificultad en rendirse a las razones de los otros. Cuando se trataba de la expulsión de un Hermano, él, tan exigente en cuestiones de observancia y espíritu religioso, alegaba las circunstancias atenuantes y se inclinaba casi siempre a la misericordia, buscando las razones para esperar la enmienda; algunas veces, no queriendo ni condenar ni mostrarse adverso a la opinión de los miembros de la Administración, pedía que le dispensaran de ejercer el voto. ¡Ejemplo conmovedor de cómo la fe impulsa a la ternura a las almas más viriles!

El sr. Girardet estaba sin cesar ocupado, y al trabajo de Secretario de la Compañía añadía el de la composición o revisión de numerosos clásicos de la Compañía: así, a menudo, una parte de la noche estaba consagrada a acabar el trabajo comenzado durante el día. Tomaba por supuesto los recreos de la Regla y participaba en los juegos, las conversaciones y las alegrías de los Hermanos; pero se escabullía al primer golpe de campana, hacía una visita al Santísimo y al segundo toque de campana estaba ya en su cuarto, de donde no salía hasta los ejercicios de la tarde con la Comunidad, pues desconocía los tiempos libres.

Su piedad era de santo. Antes y después de todos los ejercicios y todas las veces que por una razón u otra pasaba junto a la capilla, entraba a visitar a Nuestro Señor. En las idas y venidas meditaba o rezaba, de ordinario a media voz, o bien tarareaba la melodía de un cántico, si pensaba que no le oían. Raramente se le echaba de menos en la capilla para los ejercicios de piedad; si sufría algún dolor o estaba impedido, iba con suficiente tiempo para poder estar de los primeros delante del Santísimo. El domingo por la mañana, cuando iba a confesarse, podía oírsele repetir suavemente, con su grave voz de sonido profundo, y articulando cada sílaba: *Miserere mei, Deus.* Era la palabra que tenía en su boca siempre que quería humillarse ante Dios, pedir perdón a los demás o suplicar ante cualquier peligro de la Compañía, y pasaba a veces meditaciones enteras repitiendo incesantemente y con compunción: *«¡Señor, ten piedad de mí! Parce Domine!*».

Cuando acabó sus días, el Superior general no evitó hacer de él este elogio: «Quienes han vivido largos años con el sr. Girardet, quienes han tenido ocasión de observarle en detalle y, por decirlo así, en todos los momentos del día, saben que la Compañía pierde un servidor incomparable. Con toda intención y habiéndolo pensado bien, empleo esta expresión. Sé muy bien que según las palabras de la *Imitación*, en la vida presente toda perfección, toda virtud, está mezclada con algo de imperfección; pero creo no haber encontrado nunca a un religioso que reuniera en un mismo grado las cualidades y las virtudes cristianas que forman, según nuestras Constituciones, al verdadero hijo de la Compañía de María: de mente límpida y observadora, de juicio recto, memoria feliz, voluntad enérgica, carácter firme e independiente de cara a su deber, actividad prodigiosa, humildad modesta, abnegación a toda prueba, paciencia sin queja, docilidad sencilla y filial, pobreza evangélica, regularidad constante y ejemplar: todo esto lo habéis observado y admirado como yo, todos vosotros que habéis conocido a este modelo de los Hermanos de María» (Circular del 3 de febrero de 1892). Sobre el sr. Girardet, ver *Messager de la Société de Marie*, II, pp. 121, 311, 340, 365.

ANTOINE FIDON (1806-1874)
“El justo vive de la fe” (Rom 1,17)

El P. Antonio Fidon es uno de los religiosos más significativos de los orígenes. Nacido en Charmoille, cerca de Vesoul, frecuentó primero el seminario de Besanzón y después, como antes el P. Chevaux, atemorizado por las responsabilidades del sacerdocio, que exageraban en aquella época los directores de conciencia imbuidos de los principios jansenistas, volvió a su familia y se dedicó al comercio. Pero atraído siempre por la vida perfecta, entró en la Compañía en Saint-Remy, donde emitió sus primeros votos en 1834. Trabajó sucesivamente en Saint-Hippolyte, Burdeos, Courtefontaine, Marast y Ebersmunster, y tomó la dirección de la nueva Institución Santa María en Besanzón en 1840 y la mantuvo durante veinte años. Después, en

1860, fue nombrado Provincial del Franco Condado, cargo que ejerció hasta su muerte. Su cuerpo descansa en el cementerio de Courtefontaine junto al del P. Lalanne.

En la circular escrita tras su muerte, el Buen Padre Chevaux plasmó, en los términos que reproducimos casi textualmente, la vida y virtudes de este religioso. *«El P. Fidon emitió sus primeros votos en Courtefontaie en 1838, y esto es lo que escribió con esta ocasión al P. Chaminade: "Me abandono enteramente a usted, para que pueda disponer de mí como le parezca, persuadido de que sabrá siempre darme una carga proporcional a mi flaqueza, grande por donde se mire… Me gustaría recibir unas palabras suyas sobre la obligación de los votos: a punto de asumir mis compromisos con el mismo Dios y de por vida, he de tener la voluntad formal de cumplirlos en toda su integridad, de modo que pueda estar tranquilo cuando llegue el gran día"*. Estas palabras, *el gran día,* jamás se borraron del alma del P. Fidon. Lo que le llevaba a los santos rigores de la austeridad era –lo repitió a menudo– el temor de ser condenado en el gran día, bien a causa de sí mismo o a causa de aquellos de los que habría de dar cuenta.

«Por este mismo tiempo fue promovido a las Órdenes Sagradas, y escribía entonces al Buen Padre Chaminade: "Mejor sería quedarme siendo toda la vida lo que soy ahora, que pensar en el ministerio divino, si no tuviera que esforzarme por adquirir las virtudes que exige. ¿Me atreveré con este pensamiento a confiarme a sus buenas oraciones, para obtener del Señor que me prepare él mismo para que sea un digno ministro del altar?". En Besanzón reunía y abrazaba conjuntamente funciones que para los demás hubieran sido irreconciliables; además, gracias a su infatigable actividad, se prestaba hasta para los mínimos detalles respondía a todos y se hacía presente en todas partes. Ya hemos visto lo que pensaba del sacerdote y del religioso: véase cómo entendía sus deberes de director: "Lanzado en esta carrera, dice en una carta a sus superiores, he hecho lo que he podido para cumplir lo que creía que era mi deber. Me he esforzado para inspirar a los alumnos la piedad y la devoción para con la Santísima Virgen, a los religiosos la regularidad tanto para los ejercicios como para el silencio…; he vivido en la pobreza y he tratado de hacerla observar a mis súbditos".

«Dios destinaba al P. Fidon a pruebas mayores, enviándole sufrimientos corporales que no debían dejarle descansar ni un solo día. No había llegado a una edad avanzada, cuando ya los trabajos y dolencias de que hablamos habían disminuido sus fuerzas sin debilitar su denuedo. Aun reducido a un evidente estado de agotamiento, rechazó siempre en sus viajes, sus visitas y en su residencia las mitigaciones que por caridad le ofrecíamos. Jamás cesó de luchar con perseverancia heroica contra la enfermedad que habría de llevárselo. Se podría decir que murió empuñando las armas, pues hasta el sábado 2 de mayo, día en que sufrió una dolorosa operación, despachó sus asuntos y siguió la regla de Comunidad con todo detalle. El domingo 3 de mayo los progresos de la enfermedad hicieron desaparecer las esperanzas de la víspera; él mismo no quería ya hablar de curarse: había hecho a Dios el sacrificio de su vida y desde entonces repartía su tiempo entre la oración, las breves exhortaciones a los que le visitaban y los actos de paciencia, de resignación y de conformidad con la santa voluntad de Dios. "¡Rueguen ustedes por los alumnos que se les ha confiado! ¡Hagan bien sus oraciones! ¡Estén llenos de caridad unos con otros! ¡Sean ante todo humildes y obedientes!"... Estas eran las recomendaciones que dirigía a los que venían a su lado para edificarse en aquél que fue el comienzo del *gran día*, es decir, la bienaventurada eternidad.

«Hombre de fe y de oración, hombre de regla y de penitencia, el P. Fidon reflejaba estas características en su exterior, en su palabra y en su comportamiento.

«*Justus ex fide vivit,* "el justo vive de la fe": este era el tema casi invariable de las instrucciones que dirigía a los alumnos tanto como a los religiosos; y en verdad, la fe inspiraba sus resoluciones y dirigía todos sus pasos.

«La oración era su ocupación favorita y su descanso; todo el tiempo no reclamado por los deberes de su cargo o las exigencias de la naturaleza estaba invariablemente consagrado a la oración, en particular a las jaculatorias y a la recitación del rosario.

Para él lo primero era la regla: era la garantía más seria contra los esfuerzos del enemigo y la prenda más cierta de la perseverancia para los jóvenes religiosos.

Finalmente sabemos que por amor a la penitencia y a la mortificación buscó sin cesar acercarse a las austeridades de los antiguos Padres del desierto, cuya vida le gustaba leer, más que cualquier otro tema».

Sobre el P. Fidon, ver además la Circular del 27 de mayo de 1874, *L'Apôtre de Marie*, II pp. 138, y la *Notice sur M. Demangeon*, p. 25.

FRANÇOIS BOBY (1813-1868)
Un secretario añorado por donde pasó

D. Francisco Boby, originario de Archelange (Jura), fue uno de los religiosos más señalados de la Compañía de María por su virtud, su inteligencia, sus obras y los servicios realizados en todos los empleos que ejerció. Entrado en Saint-Remy en 1830, emitió sus votos perpetuos en 1834 y fue enviado a la escuela de Salins, donde llegó a ser director en 1838, y la levantó al mayor grado de prosperidad. Se ocupaba de todo y de todos con igual solicitud, y encontraba aún tiempo para componer manuales, que pronto fueron adoptados por todas las escuelas de la Compañía. En 1859 el sr. Boby fue llamado a Burdeos para el cargo de Secretario general de la Compañía, cargo que ocupó hasta su muerte, con gran satisfacción de todos los religiosos. Serio por naturaleza, se hacía expansivo, gracioso y cordial en compañía; en París, los jóvenes religiosos llamados al escolasticado superior, del que llevaba la dirección, le tenían gran afecto; y en toda la Compañía se apreciaba la limpieza perfecta al mismo tiempo que el tono afectuoso de su correspondencia. Murió en plena fortaleza de la edad, en el curso de un viaje a Besanzón, y fue añorado en todas partes.

JOSEPH FABRIÉS (1825-1915)
Uno de los primeros testigos en la Causa del Fundador

D. José Fabriés (1825-1915), que llegó a ser uno de los decanos de la Compañía de María, conservó también un verdadero culto por la memoria del Fundador y fue uno de los primeros testigos implicado en su proceso de beatificación. Religioso amable y edificante, fue director de las escuelas de Villeneuve-d'Aveyron, Saint-Côme y Saint-Amans, y después vivió durante muchos años en el noviciado como maestro de música.